

# La Ilustración Artística

Año XXII

← BARCELONA 6 DE JULIO DE 1903 →

Núm. 1.123

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

PARÍS. - SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1903

## LA SAGRADA FAMILIA,

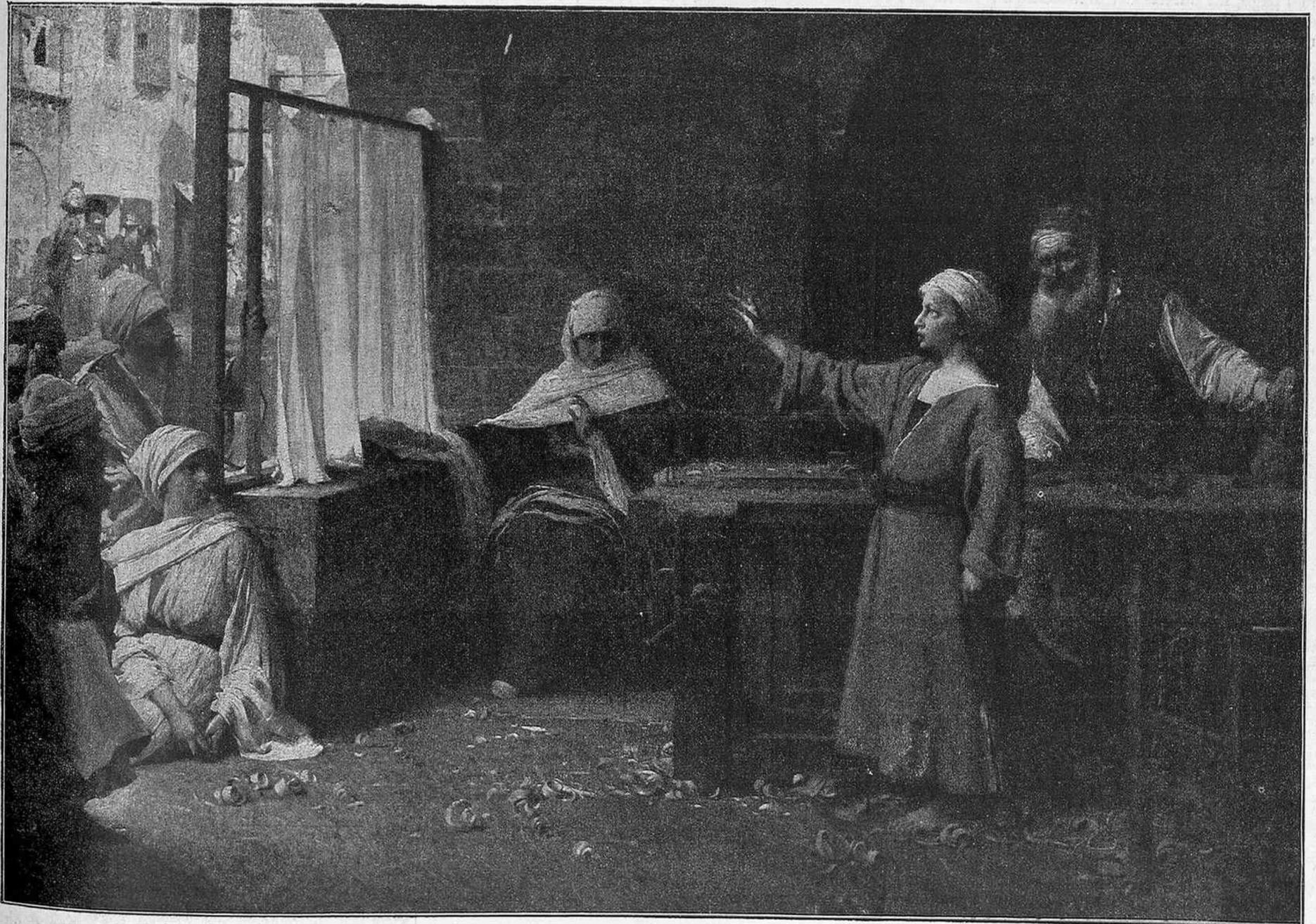
CUADRO DE G. GROSSO

Jesús no es todavía más que el humilde aprendiz que trabaja en la tienda de su padre, pero ya se despierta en él la conciencia de su misión divina; así es que á veces, abandonando las herramientas de su oficio, alza los ojos al cielo, como en demanda de inspiración, y deja escapar de sus labios conceptos tan hermosos y tan profundos, que San José, sorprendido, y la Virgen, encantada en su maternal ternura, suspenden su faena para escucharle.

Muchas gentes de Nazareth, atraídas por el misterioso poder de aquel niño, se detienen ante la puerta del obrador, subyugadas por la dulzura infinita de sus discursos. Delante de aquellos primeros discípulos comienza el apostolado del Redentor.

Tal es el asunto del bellísimo cuadro del notable pintor italiano Grosso que al pie de estas líneas reproducimos y que con justicia ha llamado la atención de cuantos han visitado el último Salón de París. Realmente la composición cautiva desde luego en su conjunto por la acertada distribución de los personajes que en ella entran y por su entonación general, dentro de la que aparecen perfectamente armonizados los toques de luz y de sombra. Y si ahondando un poco más en el examen de la obra nos fijamos en los detalles, fuerza será reconocer

un gran talento artístico, en quien ha trazado por modo tan admirable las distintas figuras, dando á cada una de ellas su valor y su expresión propios: en Jesús se adivina un algo sobrenatural, una inteligencia superior á sus años y á su condición, un reposo revelador del convencimiento de la misión que el Eterno Padre le ha impuesto; en José se reflejan la admiración y el contento; en la Virgen, los tristes presentimientos de futuros é inmensos dolores que conturban su alma; y en los que desde la puerta escuchan las palabras del Mesías, la sorpresa que les causan las hermosas enseñanzas que de aquellos infantiles labios brotan, la atracción que sobre ellos ejercen sus doctrinas y la convicción profunda de que en éstas se encierra el derrumbamiento del mundo viejo y la aparición de una nueva era.



LA SAGRADA FAMILIA, cuadro de G. Grosso

## HOMENAJE AL POETA

## D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego décimoquinto de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *El discípulo*, por Alfonso Pérez Nieva. — *París. Salón de la Sociedad de Artistas franceses*, por S. — *Los ojos negros (poema en prosa)*, por José Toral. — *Barcelona. La cabalgata de los mercados*, por P. — *La lucha por la existencia. Cuento*, por Carlos Ossorio y Gallardo. — *Nuestros grabados. Exposición internacional de Bellas Artes en Dusseldorf. 1894*, por Juan Fastenrath. — *Miscelánea. Problema de ajedrez. Soneta*, novela ilustrada (continuación). — *Ferrocarril aéreo de Barmen á Vohwinkel. La perforación del Simplón. Expedición antártica francesa.* — Libros enviados á esta Redacción.

**Grabados.** — *La Sagrada Familia*, cuadro de G. Grosso. — Dibujo de Llimona que ilustra el artículo *El discípulo*. — *Salón París. María Magdalena al pie de la Cruz. En alta mar. Juventud. Hermana de la Caridad. Viaje interrumpido. La caridad. Música, danza, poesía*, cuadros respectivamente de J. Lefebvre, L. Ridet, Mme. P. Delacroix Garnier, A. M. L. Douillard, E. Boutigni, M. Benner y A. W. Thomas. — *Carmen Moragas. Barcelona. La cabalgata de los mercados. Carros de los mercados de Sans, de la Revolución (Gracia), de la Concepción, de San Antonio, de San José y del Fomento Festival Barcelonés. Soledad de otoño*, cuadro de Sidney Pike. — S. E. el cardenal *Vaughan*. — *Ferrocarril aéreo de Barmen á Vohwinkel. Esculturas de Reginaldo F. Welles. Una situación difícil*, cuadro de Joaquín Luque Roselló.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando el hombre sepa construir su vivienda, la construirá de modo que no puedan entrar en ella los roedores. Esta idea se me ocurre cada vez que encuentro en uno de mis libros, á los cuales quiero bien porque no son personas y no pueden darme mal pago, las huellas del diente del ratón. Si se construyese sin dejar aberturas ni agujeros, no viviríamos infestados por esas alimañas asquerosas.

Su propagación es, ó debiera ser, alarmante. Ratas y ratones no son un ejército, sino un pueblo que ha conquistado al mundo, extendiéndose por él. Dondequiera que existe un hombre, viven á su sombra y aprovechando su trabajo los ratones. Para ellos suda el labriego destripando el duro terrón, sembrando, recogiendo, entrojando el grano; para ellos gira la muela del molino, se amasa luego la blanca harina convirtiéndola en dorado pan, se cuece en el horno la sabrosa torta, y se cuaja y forma y prensa el fresco queso; y si pudiésemos sacar la cuenta de las subsistencias que devoran los ratones, veríamos con asombro la cantidad de vidas humanas que se llevan entre sus agudos dientes.

En los barcos constituyen la más cruel de las plagas. Dicen que allí es imposible perseguirlos. A primera vista, creyérase que allí debiera ser en extremo fácil: como que no tienen por donde escapar, salvándose por medio de la retirada medrosa, que es su única estrategia. Sin embargo, nada se logra; no se consigue ni aun contenerles en los límites del temor. Escondidos en las entrañas del buque, en la obscuridad, entre fardos y sacas, dedícanse á hacer suyo el trabajo comercial, como antes hicieron el agrícola. A veces aparece roída la carga: cajas enteras de quesos de bola, al abrirlas, muestran sólo la corteza grosella del queso, interiormente hueca y vana; el ratón, limpiamente, ha descascarado el queso y se ha tragado la pulpa.

¿Qué cosa estará segura de la voracidad del ratón? Claro es que tiene sus preferencias, y el queso y la harina y la galleta y el pan figuran en primer lugar en sus *menús* vegetarianas; pero privadamente de esos alimentos favoritos: apencará con lo que encuentre. La carne — ¡sin exceptuar la humana! — el pescado, las legumbres y hortalizas, le vienen bien; las frutas le saben á gloria; merodea en los residuos; no desprecia el cuero ni la suela del calzado; el papel le entra; á la madera la ataca y la destruye; el lienzo y el algodón los considera comestibles, y su glotonería llega á aconsejarle que acometa al yeso, á la arcilla y á la cal. Sus dientes necesitan incansante entretenimiento, y con tal de roer, á nada hacen ascos. Roerían el mundo y lo reducirían á polvo, llevados por el instinto ciego, cuya fuerza en el animal triunfa y en el hombre no puede ocultarse.

La naturaleza les ha dado esos dientes y esa agilidad para huir, y huyen y se ocultan. — ¿Dónde? —

En escondrijos raros, comunicados con galerías y caminos secretos, de los cuales está minado, aun antes que terminado, todo lo que el hombre construye. Bajo el suelo, bajo nuestras plantas, en las paredes que nos rodean, en el techo que cubre nuestras cabezas, están los roedores insaciables. Saldrán de noche, saldrán durante nuestra ausencia; aprovecharán el descuido, la distracción, el momento de cansancio; pero saldrán, á devorar lo que puedan, á usufructuar el caudal reunido por la actividad de los hombres. Son la manifestación continua, abrumadora, de la voluntad de vivir; de ese vivir natural, odioso, que, como dijo Leopardi, no cuida del bien, sino del ser.

Combatidos y atacados por cuantos enemigos y arbitrios conocemos — gatos, perros, mochuelos, comadrejas, serpientes, ratoneras, venenos, tiros — bien puede asegurarse que los ratones no disminuyen sensiblemente, y si no disminuyen, es que aumentan, es que se multiplican en proporción aterradora, es que pululan, es que algún día serán tantos que nos ahogarán bajo su inmundo peso. La ratona es fecundísima; da á luz muchas veces al año, y no un solo ratoncillo, como los montes, sino cuatro ó cinco de una camada. Nadie la cuida; se ha de buscar ella el sustento para sí y sus pequeñuelos, y no se desgracia uno. ¿Cómo es que ya no nos han merendado los ratones, y especialmente las feroces ratas? La desaparición de nuestra especie del haz de la tierra, ¿no vendrá por los roedores?

El ratón es tímido: la rata no: ved en ella una fiera temible; si tuviese solamente las proporciones del gato, ¿quién se las habría con la rata? Cuando se propague más aún, cuando ande en bandadas, la ciencia tendrá que preocuparse, como de un serio problema, del modo de extinguir esa raza inextinguible. El hombre ha destruído, ha hecho desaparecer del planeta, á fuerza de darles caza, especies encantadoras, animales hermosos ó grandiosos, que hoy casi nos parecen fantásticos. Mientras el león escasea, la ballena casi no existe, el gallardo reno se replega al polo, el avestruz ve diezmada su africana tribu, viles ratas y ratones se infiltran en nuestra existencia, la amargan, la ensucian, la dominan por el número y la terquedad de su diente.

En sus pieles grises, color de polvo, hormiguean los parásitos transmisores de los morbos y de los contagios: esto que ahora se sabe, que antes se ignoraba, ha venido á demostrar una vez más que toda repulsión física tiene una razón de ser, quizás desconocida, pero profunda. La repugnancia, el susto pueril y chillado que inspira el ratón, no carecen de fundamento. Son los ratones emisarios de la peste; y nos la traen de la India, del Africa, de las regiones espléndidas y mortíferas del Brasil. ¿Creíais que eran el tigre, la serpiente de cascabel, el tiburón, las fieras temibles, las que se encarnizan en el hombre? Desengaños. El verdadero enemigo de la raza humana es ese roedor que provoca á risa, que parece inofensivo. Por él se esparce el terror, se acordonan las fronteras, se llenan los hospitales y se rehinchan los cementerios. Por él es tan difícil seguir los pasos y cortar el vuelo á ciertos males, que se hacen endémicos donde el ratón y la rata no son implacablemente perseguidos.

Un buzo ha muerto al extraer del agua un cadáver de naufrago niño. Trabajaba gratuitamente y sucumbió á una congestión, producida por un principio de asfixia.

¿No os llama la atención, como á mí, el hecho de que existiendo profesiones tan arriesgadas y que exigen tal desarrollo de energía y resolución para ejercerlas, nunca falte quien las ejerza?

Si viviésemos bajo un régimen servil y se obligase á cumplir ciertos oficios á los esclavos, les compadeceríamos: ¡bajar á un pozo negro, desenfurrñar el alcantarillado, bucear, desredañar una mina de azogue! ¡Afiliarse á una fábrica de tejidos de algodón, con las partículas y la pelusa que se agarran á los pulmones! ¡Salir á redar sardina, cuando los mares quieren tragarse á la tierra!

Pues sin necesidad de forzar á nadie, sobra quien haga todo esto, y cosas peores aún, siquiera al pronto creamos que no cabe nada peor. El hambre da muchas y muy fuertes cornadas, y aparte del hambre, un misterioso estímulo que aguija al buzo para que de balde, generosamente, se hunda en el abismo negro, mudo, de verde cristal, á requerir un cuerpo muerto, entregando en cambio la vida del suyo...

Las alegres fiestas de Cartagena producen en mi ánimo la impresión contraria, de abatimiento y melancolía: verdad que no soy sola á experimentar y á manifestar esta impresión, que algunos periódicos

de Madrid reflejan fielmente. Si tuviésemos una marina como la que han procurado tener otras naciones europeas y americanas — Chile, Italia, el Japón, por ejemplo, — las fiestas de Cartagena serían un espectáculo confortador. Acude á mi memoria el recuerdo de las placas de blindaje que en mi visita al Arsenal de Cartagena vi por el suelo, donde yacían desde nueve años antes, esparcidas, esperando al día en que las alzase y las aplicase á los costados del crucero en lenta construcción, no la mano del obrero, sino la gran constructora y la gran obrera — ¡la voluntad!

¿Qué festejamos en Cartagena? ¿Es la esperanza? ¿Es el deseo? ¿Es la ilusión? Porque la realidad, más es para plañida que para celebrada, y más cuando se nos colocan enfrente, dándonos dentera, los barcos de países que han querido tener marina y la han tenido, y no por eso han oprimido más de la cuenta al contribuyente, ni han sacrificado necesidades é imposiciones ineludibles del espíritu moderno, más imperiosas, tanto al menos, como la de defender las costas...

Absolutamente neutral como soy en política, *orejana*, según la frase de Miguel de Unamuno, parece que, sea *orejano* ó no, lleva razón el articulista de *El Imparcial* cuando pregunta, á propósito de la muestra naval de Cartagena: «¿Qué objeto puede tener este viaje del rey? ¿Exhibir ante Europa nuestra pobreza naval, como síntoma de la inferioridad de una política decadente?»

Ya tienen los servios su nuevo monarca. Se ha debatido mucho estos días si era justo, necesario y procedente castigar á los asesinos del antiguo; la diplomacia ha fruncido el entrecejo, y se ha acentuado una severidad correctísima que quisiera moldear las costumbres políticas en el troquel de la moralidad más estricta y noble. ¿Qué es eso de fundar tronos en el asesinato?, se repite por ahí. ¿Qué es eso de entrar en un palacio, á deshora, sembrando la muerte?

Ello es verdad que el pueblo servio reviste los caracteres de República italiana bajo los Médicis ó los Esforcias. Eran éstas extremadas en su cultura, y Servia más atrasada; pero aquella terrible energía que tanto cautivaba á Stendhal, florecía entonces con flores de sangre parecidas á las que ahora vemos abrirse trágicamente en el palacio maldito.

Hablar en serio del castigo de los asesinos, me parece inocente, cuando ni aun quedan rastros de la dinastía de Obreno que puedan clamar venganza ó justicia. Esta clase de crímenes no es castigada nunca sino — en todo caso — á petición de parte. Las cancillerías está bien que, se enojen, por la forma, por el bien parecer; pero si en las cancillerías se creyese que va á estrenarse la dinastía de los Kara con un acto de ejemplaridad, alzando el cadalso ó formando el cuadro para ejecutar á los oficiales que penetraron en el Konak revolver en puño, sería demasiado candor.

Ni las restauraciones persiguen á los regicidas. He ahí la restauración inglesa, he ahí la francesa. Ante todo se impone la necesidad de echar un velo, mejor mientras más tupido, sobre lo pasado. Evocar el espectro de la tragedia es provocar tragedias nuevas, es remover en la memoria versátil é infiel de los pueblos. Yo estoy segurísima de que ni ahora, ni más adelante, cualesquiera que sean las vicisitudes que aguardan á la nacioncita balcánica, no han de comparecer ante ningún tribunal los matadores de Draga y Alejandro.

Lombroso — que no es santo de mi devoción, pero tiene puntos de vista muy apreciables — no le llamaría á lo de Servia revolución, como por ahí le llaman, sino revuelta sediciosa. Las revoluciones, en opinión de Lombroso, son un efecto lento, preparado y necesario, y las revueltas son una incubación precipitada, artificial, á temperatura exagerada. Desde aquí (tal vez allí el concepto pudiera modificarse) revuelta parece lo de Servia; no expresión histórica de la evolución, sino arrebatado pasional determinado por rencores y odios que persiguen, al través del hombre, á la mujer, sobre todo á la mujer. La revuelta, según Lombroso, también se diferencia de la revolución en que, en vez de ser obra de todas las clases sociales, lo es de un grupo limitado de castas ó de individuos. Así lo de Servia debe calificarse de revuelta militar; y son las clases pensadoras, inteligentes, intelectuales, las que hacen duraderos los efectos de una revolución á la cual han cooperado.

Ahí está el secreto de que la revolución francesa resistiese á tantos cambios políticos y á sucesos de tal importancia, y quedase infiltrada, por decirlo así, en la medula de la nación.

EMILIA PARDO BAZÁN.



EL DISCIPULO

I

Una alcoba de paredes encaladas y de techo de viejas vigas, alcoba de pueblo. Colgando de las paredes dos provectos mapas geográficos, casi sin color. Sobre una mesita de pino un globo terráqueo con la eclíptica partida y pidiendo a voces su reposición. Junto a la mesita la humilde cama, un catre de tijera antiguo, y en ella sentado, en mangas de ca-

misa, con las ropas cubriéndole hasta el pecho y el gorro de dormir puesto, el maestro, un anciano como de sesenta años, de cara afeitada y dulce y ojos todo bondad que lee un periódico de Madrid a la luz de un mal quinqué de petróleo tan provector como su camarada de mesa el globo.

MAESTRO. - (Dejando un instante el periódico para dar más cuerda a la mecha.) ¡Demonio de luz! Yo he conseguido leer sin gafas a mis años; pero con muchos petróleos como éste, voy a necesitar pronto unas antiparras como ruedas de molino. (Al retirar el brazo tropieza con el globo, que se bambolea.) ¡Adiós! ¡Claro! ¡Eso de transformar mi alcoba en gabinete de aparatos!.. Si dejo abajo la esfera, esos ganapanes se pasan el día dándole vueltas, y si me la traigo aquí, la doy cada testarazo que parece una bailarina. ¡Y luego cuando venga el señor inspector a la visita que me diga que el menaje se halla estropeado!.. ¡Pues que me dé más local! Eso de tener por todo espacio la clase, que es un cuchitril que despreciarían las cabras, y para habitaciones del maestro, así, pomposamente, habitaciones, este zaquizami, un cuartucho obscuro y la cocina... Lo primero que deberían establecer los tratados de pedagogía, que tanto procuran por el bienestar del alumno, es que a los que enseñamos no se nos tratara como a cerdos...

(Reanuda la lectura del periódico.) ¡Vamos! En todas partes cuecen habas. También allí se quejan de que las escuelas están mal instaladas... (De pronto, con ademán nervioso, arrugando el papel.) ¿Eh?.. ¡El mismo! ¡Desdichado! (Queda un instante bajo un gran abatimiento.) ¡Se lo pronosticaba yo! Tiembala de que algún día, en ese porvenir en que falta una mano que nos guíe, cuando ya nuestra madre se nos ha quedado atrás distanciada, tiembala de que se te impongan y arrastren tus inclinaciones... ¡Y así ha sucedido! (Pausa.)

(Con animación repentina golpeando en el periódico.) ¡Mas con lamentaciones no se adelanta nada! Es preciso moverse, hacer algo, impedir a toda costa la catástrofe, siquiera por los pobres viejos puros, de inmaculada frente... ¡Si no fuera tan tardel! ¡Ca! Estarán ya recogidos. ¡Y si no saben nada! Lo sabrán. (Con amargura.) No faltan nunca infames que se gozan en la desdicha de los demás. Pero mañana en cuanto amanezca me planto en su casa y a ver lo que deciden... ¡Si me escuchan aún puede haber remedio! (Apaga la luz y se acuesta, empezando a dar vueltas insomne en la cama.)

II

Una cocina de pueblo de amplia campana de chimenea y pendiente de ella y curándose al humo continuo sartas de embutidos. El fogón bajo y los pucheros en torno de una lumbrera que se encendió y ha concluido por apagarse falta de cuidado. En uno de los poyos de piedra que flanquean el fuego, un viejo aldeano aposentado, con la cabeza entre las manos y los codos sobre las rodillas, y próxima a él, en una silla de paja, sentada, una mujer también entrada en años y que llora con el mayor desconsuelo. El maestro penetra en la habitación y se queda inmóvil ante aquella pena. Es por la ma-

MAESTRO. - (Sobreponiéndose a su emoción.) Inútil es preguntar si saben ustedes algo. Ya lo veo.

MUJER. - (Arrecciando en su llanto y abalanzándose al maestro.) ¡Ay, D. Jacinto, qué desgracia tan grande! ¡Ay mi pobre hijo de mi alma!

MARIDO. - (Levantando la cabeza y con voz sombría.) Nos lo ha dicho el estanquero, que ayer lo traían los papeles de Madrid.

MAESTRO. - Es verdad. Yo lo leí anoche y me proponía decírselo a ustedes con las convenientes precauciones, pero veo que ha habido quien se ha adelantado.

MUJER. - ¡Pobrecito! ¡Pobrecito! ¡Pero eso no es posible! Él era bueno. Usted lo sabe bien, que lo ha tenido en la escuela. ¡Su carácter soberbio es el que le ha perdido!

MAESTRO. - (Con dulzura.) ¡Vamos, vamos! No es ahora el momento de apreciar su conducta, ni con lamentarse se adelanta nada.

MARIDO. - (Con amargura.) ¡Y qué hemos de hacer!..

MAESTRO. - Pues bien sencillo. ¡Salvarle!

MUJER. - (Levantándose bruscamente de su asiento.) ¿Se ha vuelto usted loco?

MARIDO. - (Con desaliento.) Eso se dice muy bien, pero la cuestión es conseguirlo.

MAESTRO. - De eso se trata; de intentarlo. Vamos a ver. Es preciso irse a Madrid en seguida, ustedes dos. Yo les acompaño. Conozco allí un director general con mucha vara alta en el gobierno. Ha sido discípulo mío, y pensaba pedirle para alcanzar mayor jubilación otra escuela de más categoría para la que tengo derecho; pero... no se la pediré. Antes que mi conveniencia es la vida de un hombre. No le he molestado nunca y no me ha de negar ese primer favor, siquiera por humanidad.

MUJER. - (Cogiendo las manos al maestro y besándoselas con fervor.) ¡Es usted un santo!

MAESTRO. - (Desasiéndose.) ¡Quite, quite! No tanto. Si no tienen ustedes dinero, búsquenlo a toda costa, sobre sus tierrecillas. Están ustedes bien reputados y lo encontrarán.

MARIDO. - Pero ¿y usted? No es cosa que usted se perjudique...

MAESTRO. - De mí no se ocupen. Estamos a primero de mes, y como nuestra Diputación, aunque debe seis, paga ahora puntual, todavía soy rico.

MARIDO. - (Animado.) Entonces ahora mismo voy a ver a D. Lucas, que quería arrendarme el trampal. Todo lo que tengo hoy en el bolsillo son cuarenta duros. ¿Usted cree que con dos mil reales?.. (Con angustia.)

MAESTRO. - De sobra.

MUJER. - (Con viveza.) Y si D. Lucas no dispone de dinero, el alcalde te podrá dar ese pico.

MARIDO. - ¡Sí, sí!

MAESTRO. - Bueno. Pues a no dormirse. Esta misma noche hemos de tomar la diligencia para poder coger mañana en Pozas el correo al amanecer y por la noche en Madrid. ¡Qué demonio! No hay que apurarse... No hay ministro por duro de corazón que sea que no se ablande ante las lágrimas de unos padres desolados, que se postran a sus pies pidiéndole la vida de un hijo...

MUJER. - (Con arrebatos.) ¡Dios le oiga a usted y su Santísima Madre!

MAESTRO. - ¡Y me oirá ó nos oirá mejor, ella que es toda amor y misericordia!

MARIDO. - (Con efusión.) ¿Con qué le pagaremos a usted lo que hace por nosotros, D. Jacinto?

MAESTRO. - ¡Vaya, vaya! No nos enternezcamos fuera de tiempo y a no perder un minuto. Vamos, Sr. Bruno. Le acompaño a casa de D. Lucas. (Salen de la cocina.)

III

El despacho de un director general de Ministerio, con su gran mesa abarrotada de papeles, su teléfono al lado y su clásica sillería carmesí. Sentados en un sofá los tres apóstoles de

la abnegación, el maestro y los dos viejos, encogidos los tres y aún más los palurdos por aquella severidad oficial a la que no están acostumbrados. La mujer llora en silencio, y el secretario particular de su excelencia, un pisaverde dándolas muy de abogado, habla con ella procurando consolarla.

SECRETARIO. - Vamos, señora, tenga usted calma. Dura lex, sed lex, cierto; pero la equidad con su gran amor es la gran rectificadora del código. El caso de su hijo de usted es gravísimo, doble asesinato en las personas de su futuro suegro y de su hermano, con la agravante de ensañamiento. Artículo... (un poco de confusión) no recuerdo cuántos...; pero hay un atenunante, el de defensa propia y el de defensa de la madre de su novia...

MUJER. - Entonces ¿usted cree que le indultarán? (Con gran ansiedad.)

SECRETARIO. - Tengo esperanzas. Mi jefe lo ha tomado con verdadero empeño, como cosa propia. ¡Si le hubieran ustedes visto así que se marcharon el día en que vinieron ustedes a echarse a sus pies! Lloraba como un chiquillo. Luego han traído ustedes un embajador a quien mi jefe respeta como a su padre: D. Jacinto. Si no fuera cuestión de caridad, bastaba con que él mediara.

MUJER. - (Mirando al maestro.) A él se lo debemos todo...

MARIDO. - Él fué el que nos aconsejó dar este paso, llevando su bondad hasta venirse con nosotros y presentarnos a su jefe de usted. Sin él nada hubiéramos podido hacer, ni siquiera habríamos sabido andar por este laberinto de Madrid.

MAESTRO. - (Conmovido.) ¡Vaya, vaya! Basta de incienso.

MUJER. - ¿Y dice usted que ahora se está resolviendo la cosa?

SECRETARIO. - Sí, señora. En Consejo de Ministros. El director está allí, en la Presidencia, para ser el primero que lo sepa y venir en el acto a decírselo a ustedes.

MUJER. - ¡Qué bueno es ese señor!

SECRETARIO. - Es un caballero. (Suena el timbre del teléfono, con asombro de los dos palurdos, que se quedan con la boca abierta.) ¿Quién es? Precisamente: de la Presidencia. Es el director. (Hablando.) Sí, aquí están... Me pregunta por ustedes. ¡Ah, bueno! Dice que ha hablado con el ministro de Gracia y Justicia y que lo encuentra bien dispuesto... Servidor. (Suelta el auditivo.)

MUJER. - (Imponiéndosele a su angustia la curiosidad.) Parece mentira que con ese tubo baste para hablarse estando uno en un lado y otro a veinte varas...

SECRETARIO. - O leguas.

MARIDO. - A mí no me quita nadie que esas son cosas del demonio.

MAESTRO. - De un demonio muy sabio.

MUJER. - (Con impaciencia.) ¡Cuánto tarda! ¡Estoy en brasas, Dios mío! ¡Si fuéramos pa donde están reunidos los menistros!

SECRETARIO. - (Consultando el reloj.) Ya no puede retrasarse. El Consejo se termina a las once y son las once y cinco. A ver. (Se aproxima al balcón.) Ahí está el coche del director.

MARIDO. - (Levantándose bruscamente y acercándose también a la vidriera.) ¿Ya?

MAESTRO. - (Animando a la mujer, que se ha quedado pálida y sin aliento.) ¡Vamos, Mónica, valoi! ¿Le va usted a perder a última hora?.. Ya ha oído que el ministro opinaba bien.

DIRECTOR. - (Entrando súbitamente en el despacho, con su cara de señor grave, de burguesas patillas, radiante de júbilo y deteniéndose en la puerta.) ¡Que sea enhorabuena! Indultado de la pena de muerte.

MUJER. - (Dando un grito y echándose a los pies del director.) ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡La Santísima Virgen se lo pague, señor!

DIRECTOR. - ¡Levántese, levántese! (Pugnando por realizarlo así y sin poder conseguir que la aldeana despegue sus rodillas del suelo, en tanto que su marido

y el maestro, haciéndole coro en sus lágrimas, procuran, por su parte, coger las manos del personaje para besárselas, haciendo asomar las lágrimas a los ojos del alto empleado y mordiscarse el bigotillo al secretario, que por su edad se avergüenza de conmoverse.)

## IV

La plaza del pueblo en que radica la escuela, atestado de gente; todo el lugar invadiendo el sitio. Las ventanas, ocupadas por ocho y diez personas; los chicos y algunos hombres, subidos a los árboles. La conversación, multiplicada hasta el infinito, es la misma en todos los grupos. Una oleada de entusiasmo hacia el maestro. Todo el mundo ha ido a esperar a la diligencia a los pobres padres, llegados la víspera, y ahora aguarda la muchedumbre a que el heroico profesor, empeñado en huir de las ovaciones y que retenido un día en la capital de provincia por exigencias profesionales, ha arribado por la noche en el carruaje del diputado por el distrito, que le acompaña, se presente a recibir los plácemes del público.

VOCES. — ¡Queremos verle! ¡Queremos verle!

OTRAS. — ¡Que se asome!

DIPUTADO. — (*Apareciendo con el maestro en la puerta de la escuela, sobre la meseta de la escalinata, contrastando su porte elegante con la humilde figura del pedagogo.*) ¡Ahí le tenéis! ¡Es un héroe de la caridad! (*El clamoreo se hace ensordecedor. El maestro consigue al fin imponerse y que se suceda el silencio.*)

MAESTRO. — (*Con la voz empañada por las lágrimas.*) ¡Gracias, gracias! Lo mismo hubiera hecho por todos vosotros. ¡Era un discípulo!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Llimona.)

## PARIS...SALÓN DE LA SOCIEDAD

DE ARTISTAS FRANCESES. 1903

*María Magdalena al pie de la Cruz, cuadro de Julio Lefebvre.* — Después de tantos maestros que han tratado este mismo asunto, Julio Lefebvre ha encontrado acentos nuevos para pintar el dolor de María Magdalena, habiendo tenido la hermosa osadía de los grandes artistas llegados al apogeo de su talento de querer triunfar en uno de estos temas que tan gloriosos recuerdos despiertan. Toda su atención se ha fijado en esa bella línea de la gran pecadora abismada en su desesperación al pie de la Cruz y abandonándose, en un impulso de fe y de amor, al Crucificado, y preciso es reconocer que en ella se encierra la verdadera imagen del dolor.

*En alta mar, cuadro de L. Ridel.* — No es necesario un atento examen de este cuadro para apreciar sus bellezas; pues el lienzo cautiva desde luego por las admirables armonías de color que contiene. Ridel es un colorista refinado; su arte, en este punto, ha llegado a su completo desarrollo, a la maestría completa. Imposible es expresar mejor que él lo hace la languidez de esas dos jóvenes, ni reproducir más acertadamente los suaves matices de las muselinas de sus trajes; imposible encontrar una decoración más apropiada que este mar opaco, sombrío, sobre el cual se destacan las dos figuras de tonos claros.

*Juventud, cuadro de Mme. P. Delacroix Garnier.* — En una hermosa mañana de primavera, jóvenes y alegres, recorren los floridos prados, marchando hacia el porvenir como ese arroyuelo, imagen de la vida, cuya apacible corriente siguen y que corre, murmurando dulcemente, hacia un fin desconocido. Ajenas a inquietudes y pesares, recorren el camino de la existencia con un ensueño en la mente y una sonrisa en los labios. A su paso encuentran a

la vejez quebrantada, con todas sus fealdades; pero las tres jóvenes avanzan indiferentes, sin mirarla, sin compadecerla y sin comprender que algún día también ellas estarán allí sentadas, viendo cómo pa-

alegato en favor de esas religiosas admirables, que han hecho total abandono de su existencia para consagrarse al alivio de todas las miserias, para socorrer a los ancianos desvalidos, a los niños abandonados, a los heridos en el campo de batalla, llevando siempre en sus labios una sonrisa y un consuelo, y prodigando sus más solícitos y cariñosos cuidados a los mismos que las ofenden y las maltratan. Con razón ha dicho un crítico hablando de este lienzo, que su autor implora con él para aquellas sublimes criaturas «el derecho a la abnegación.»

*Viaje interrumpido, cuadro de E. Boutigny.* — En las «Memorias del coronel Castillón» se lee el siguiente pasaje: «Varias damas francesas que procedentes de Roma iban a reunirse con sus esposos, cayeron en una emboscada de bandidos que las internaron en la montaña. Al cabo de una hora se encontraron en presencia de un hombre que les dijo: «¡Ah, hermosas damas! Vais temerariamente a juntaros con vuestros maridos. Consiento en ello, pero seréis bastante amables para concederme algunos días de vuestra grata compañía.» Una de aquellas señoras, que había oído relatar las aventuras de Fra Diavolo, comprendiendo que aquel personaje era el famoso bandolero, le respondió: «Señor, nos consideramos dichosas de estar bajo vuestra protección.» En este episodio está inspirado el cuadro de Boutigny, cuyas bellezas de composición y de factura no hemos de señalar, porque saltan a la vista aun del menos experto en materias pictóricas.

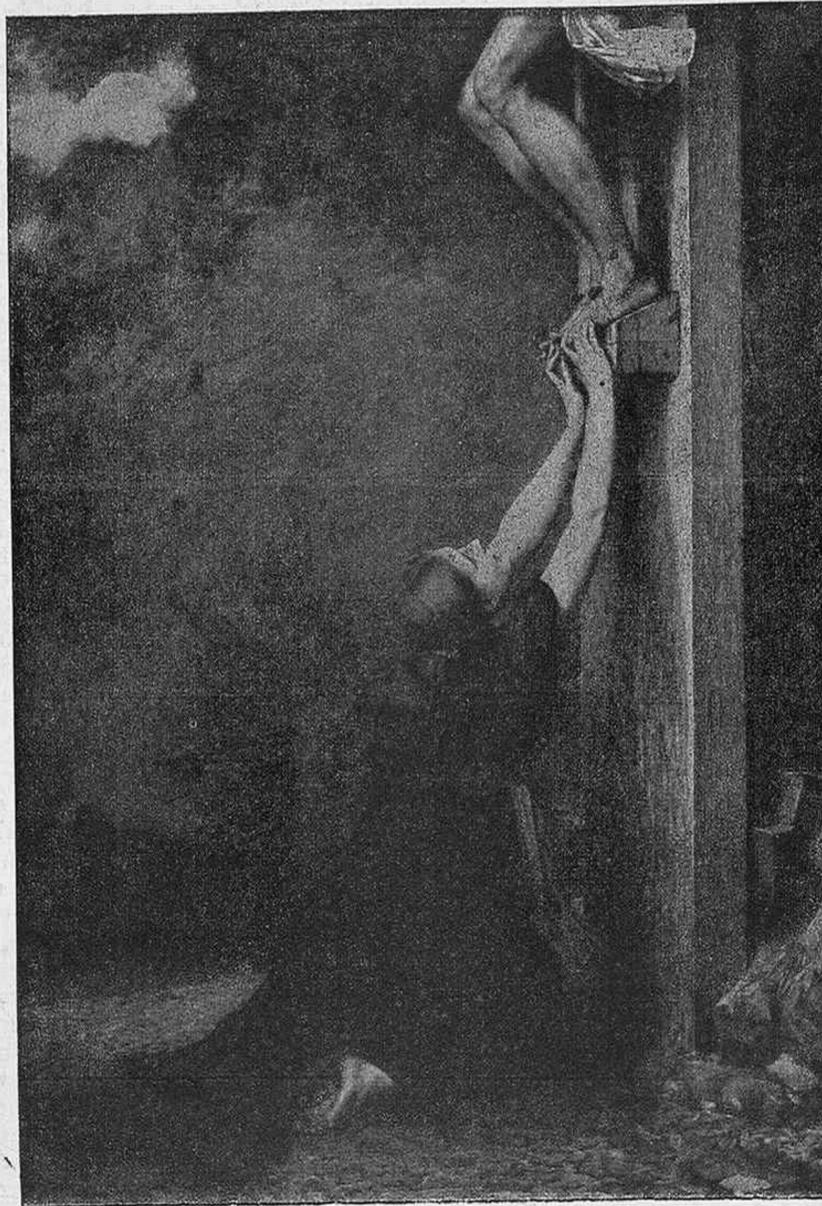
*La caridad, cuadro de Manny Benner.* — Esta obra emocionante, llena de piedad, podría muy bien ser una lección: los que pasan insensibles delante de esos pobres mendigos que en el pórtico de un templo ó en el quicio de una puerta tienden la mano implorando una limosna, nada perderán con detenerse a contemplar este cuadro y con meditar sobre él un poco; y no perderán nada, primero porque artísticamente considerado el lienzo es excelente, y segundo porque mirándolo con los ojos del alma aprenderán que la verdadera caridad está en esa pobre moneda, dada tan sencillamente, de tan buena gana, sin vanidad, por aquellos cuya vida resignada no ha sido más que una existencia de trabajo y que comprenden lo que es la miseria porque alguna vez han sabido lo que son las privaciones y las torturas del hambre.

*Música, Danza, Poesía, cuadro de A. V. Thomas.* — Este célebre pintor francés prosigue trabajando en su decorado de las Casas Consistoriales de Tours, cuyas paredes cubre de vastos espacios que se extienden bajo cielos grises, melancólicos: frondosos bosques, de misteriosas profundidades, les prestan su sombra; un riachuelo se desliza mansamente entre sus orillas cubiertas de césped. En este paisaje, que comienzan a invadir las sombras del crepúsculo, vagan tres formas blancas, armoniosas: son la Música, que parece buscar inspiración en los murmullos de la selva; la Danza, que se agita en dulces movimientos como a impulsos del aire; la Poesía, que mezcla el ritmo de sus versos con el canto de la naturaleza. — S.

## LOS OJOS NEGROS

(POEMA EN PROSA)

Hermosa, con esa hermosura en que más que las bellezas del cuerpo lucen con soberano realce las bondades del alma, Catalina, la morena de singulares energías, de refinadas delicadezas, pasaba casi inadvertida para esos hombres que no buscan en las mujeres más que los encantos físicos que deslumbran, despreciando, tal vez por no comprenderlas, las dul-



SALÓN DE PARÍS. 1903. — MARÍA MAGDALENA AL PIE DE LA CRUZ, cuadro de J. Lefebvre (Copyright 1903, by Braun, Clement and Co.)

san otras en el apogeo de su belleza y de su frescura y en el egoísmo de su juventud.

*La hermana de la Caridad, cuadro de A. Douillard.* — Cuando en Francia se han desbordado todas las pasiones, cuando impera allí una persecución



SALÓN DE PARÍS. 1903. — EN ALTA MAR, cuadro de L. Ridel

tan injusta como poco en armonía con las ideas de libertad y fraternidad que con los labios, no con el corazón, proclaman a todas horas sus gobernantes, el bellísimo cuadro de Douillard es un elocuente

energías, de refinadas delicadezas, pasaba casi inadvertida para esos hombres que no buscan en las mujeres más que los encantos físicos que deslumbran, despreciando, tal vez por no comprenderlas, las dul-



SALÓN DE PARÍS. 1903. - JUVENTUD, cuadro de Mme. P. Delacroix Garnier



SALÓN DE PARÍS. 1903. - HERMANA DE LA CARIDAD, cuadro de A. M. L. Douillard

zuras del corazón, las sublimidades del espíritu.

¿Habéis visto esas noches negras como el pesar, serenas como la naturaleza dormida, que encierran en su misma negrura recónditos misterios y singular poesía?

Pues negros y serenos como esas noches eran los ojos de Catalina, ojos tranquilos y puros casi siempre; pero en los que de vez en cuando se reflejaba su alma entera, llena de exquisita ternura y tan capaz de romancescos ideales como de indomables energías, y bien puede decirse que entonces los ojos de la ardiente morena, luminosos, llenos de expresión y de infinita poesía, brillaban con la doble majestad de la pureza y del amor.

Conocí á Catalina cuando aún no había cumplido catorce años, es decir, cuando el tallo apenas si había espigado, cuando la flor apenas si era capullo. Si las gracias de la niña presagiaban los encantos



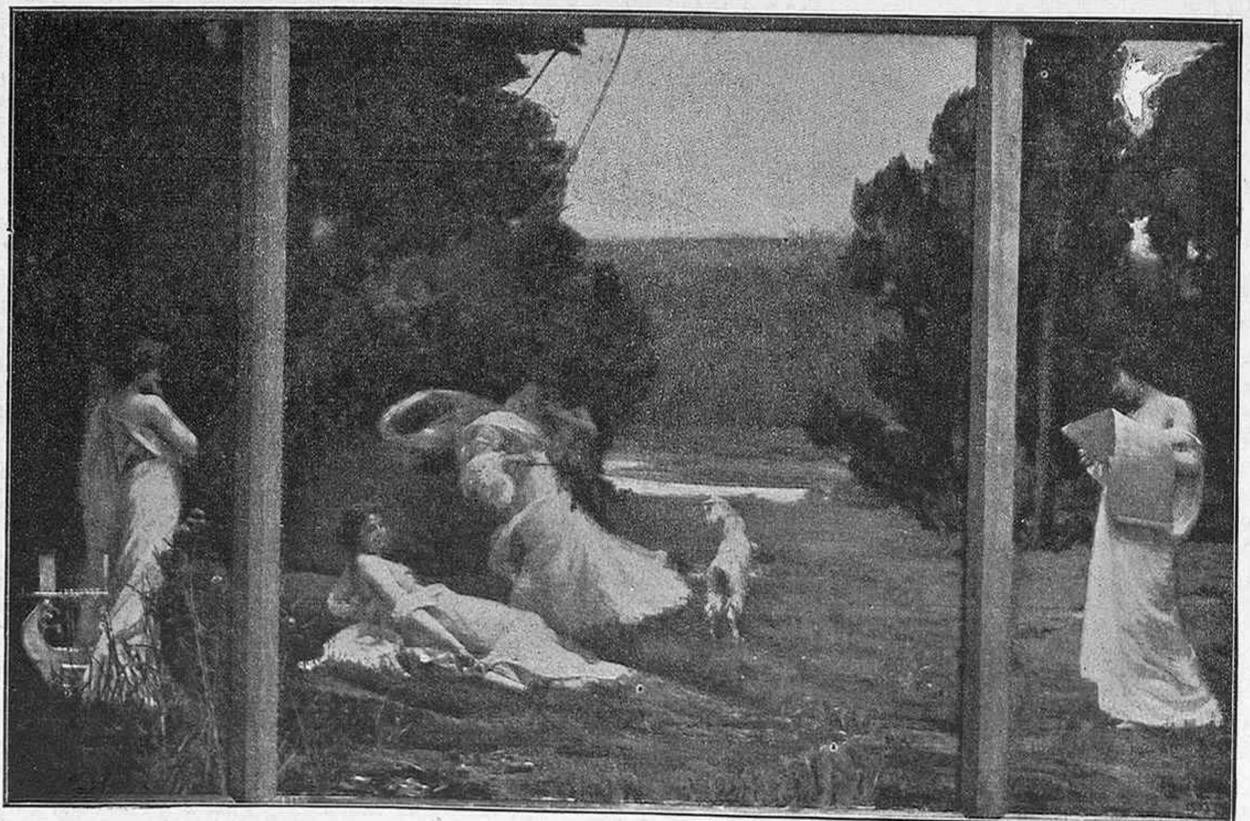
SALÓN DE PARÍS. 1903. - VIAJE INTERRUMPIDO, cuadro de E. Boutigny

de la mujer, sus ojos profundos y tranquilos á veces, brillantes y húmedos en ocasiones, anunciaban su espíritu animoso, que no se rendía á la desilusión ni se entregaba al desmayo, su alma femenina y varonil al mismo tiempo, que en peregrino contraste encerraba todas las nerviosidades de la mujer y todos los alientos del hombre.

Es el amor algo que penetra en el alma por ocultos senderos y sin larga preparación; que puebla la mente de vistosas imágenes; que convierte las larvas en mariposas; los capullos en flores; algo que en hermosa síntesis encierra todos los purísimos goces que anhela el alma; algo que hace que los tristes viajeros que forman la incansable caravana, crucen cogidos de la mano estas pedregosas sendas de la vida, donde tantas ilusiones se marchitan y donde tantas esperanzas se desvanecen; algo, en fin, que hace que de un beso brote un mundo y que trans-



SALÓN DE PARÍS. 1903. - LA CARIDAD, cuadro de M. Benner



SALÓN DE PARÍS. 1903. - MÚSICA, DANZA, POESÍA, tríptico de A. V. Thomas, destinado á las Casas Consistoriales de Tours

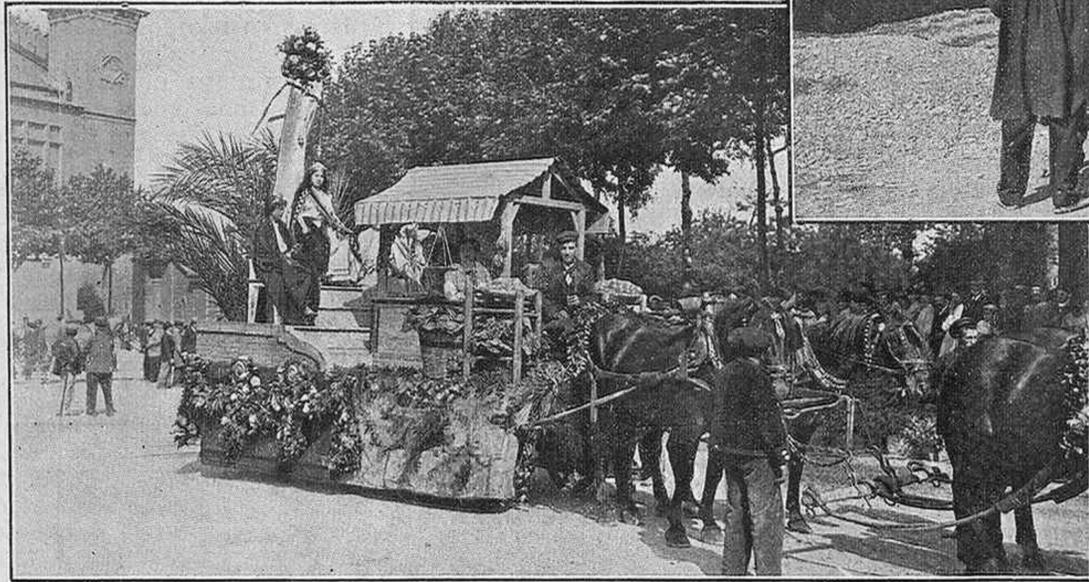
forme el mundo en Paraíso y el Paraíso en hielo. ¿Quién se explica sus dulces encantos, sus inefables goces, nunca definidos, porque el lenguaje humano es tosco y es imperfecto para vaciar el alma en una frase? ¿Quién sabe la misteriosa causa que lo origina? Preguntad á la avecilla por qué teje en el árbol el caliente nido, amor de sus amores; preguntad á la tierra agostada por qué al fecundante soplo de la tibia Primavera se adorna con el espléndido manto de sus galas; preguntad al árbol carcomido por qué sus secas ramas sin cesar florecen; preguntad á las palmeras que crecen solitarias en los desiertos por qué consumiéndose en imposibles amores, confían al viento el mensaje de sus almas eternamente separadas; todo lo que alienta y vive, todo lo que significa juventud y fuerza, ilusión y esperanza, se resuelve en amor; es más que la vieja ley de una humanidad siempre joven, es el cántico que á coro elevan todos los seres, y en el que parecen vibrar sus vagos anhelos, sus ansias inexplicables, sus sublimes ideales.



CARMEN MORAGAS, vendedora del mercado de San José, proclamada reina de los mercados en la fiesta organizada por el Fomento Festival Barcelonés (de fotografía de Duarte).

Enamorado de Catalina, nunca le he dicho nada: el amor vive á veces oculto en el corazón como los manantiales en las entrañas de la tierra; es para muchos frasco de exquisito perfume que no destapan por temor á que se evapore su aroma; ilusión sublime que no pretenden realizar por temor á que se marchite; nunca le dije nada, y sin embargo, nos comprendimos.

Los que no conocen más que la prosa de este lenguaje humano encauzado por los estrechísimos moldes de las conveniencias sociales; sujeto al ritualismo de una fraseología que apenas si acierta á vestir una idea ni á dar matices al sentimiento, no ven la sublime elocuencia que irradian los ojos de una



BARCELONA. - LA CABALGATA DE LOS MERCADOS. - Carro del mercado de la Revolución de Gracia

mujer que no pudiendo contestar nada porque nada se le ha preguntado, pone en ellos toda su alma y con ellos ama y acaricia, enloquece y alienta.

Los ojos no sirven sólo para ver ni sólo para llorar; los ojos sienten, los ojos ríen, los ojos hablan; dan vida á las más grandes pasiones, infunden risueñas esperanzas ó producen crueles desengaños, y á veces entre ellos solos se realizan esos idilios puros que rompen todas las ataduras y que son eternos con la eternidad del verdadero amor, que atributo del alma, no muere con el cuerpo, sino que revive con vida inmortal allí donde no llega el murmullo de la vida, allí donde la muerte no reina, allí donde las almas gemelas se encuentran y se confunden.

Por eso sin decir nada á Catalina se lo digo todo, dirigiéndome á ella cuando hablo de amor, de ideales, de porvenir, y Catalina, tímida, retraída, fijando en mí con singular fijeza sus negros ojos, parece alentarme con ellos, corresponder á mi pasión y prometerme delicias no probadas, goces apenas presentidos por el alma llena de amores infinitos y de infinitas ilusiones.

Sus ojos negros fijos en mí me infunden calor y vida, alientos y esperanzas. Despierto, los tengo delante, siempre llenos de promesas, siempre llenos de amor tranquilo, pero profundo, con la profundidad de los amores inextinguibles; dormido, brillan como luceros en la obscuridad de la alcoba y los

siento penetrar en mi alma como rayos de luz. Son la bandera que despliego en la enconada lucha; el escudo donde rebotan, sin herirme, los reveses de la fortuna; ellos, en fin, iluminan mis tristes vigias y pueblan de risueñas imágenes mis agitados sueños.

Los que no sois capaces de comprender todo lo que expresa la mirada de una mujer, no entenderéis este poema ni acertaréis á explicaros cómo los ojos de Catalina, al fijarse en mí, me dicen con ese lenguaje sin palabras que llega hasta el alma, porque el alma sólo puede entenderlo: «Trabaja, sufre, lucha, no vaciles, no desmayes; arriba, siempre arriba, que allí te espero.»

Y cuando la lucha con el mundo enrojece mis párpados y arruga mi frente; cuando los golpes de la suerte laceran mi corazón y rinden con las del cuerpo las fuerzas del espíritu, me parece que en mis oídos resuena una voz dulce, muy dulce, tenue como un suspiro y arrulladora como una esperanza, que me dice: «Si quieres obtenerme no te detengas; adelante, siempre adelante.»

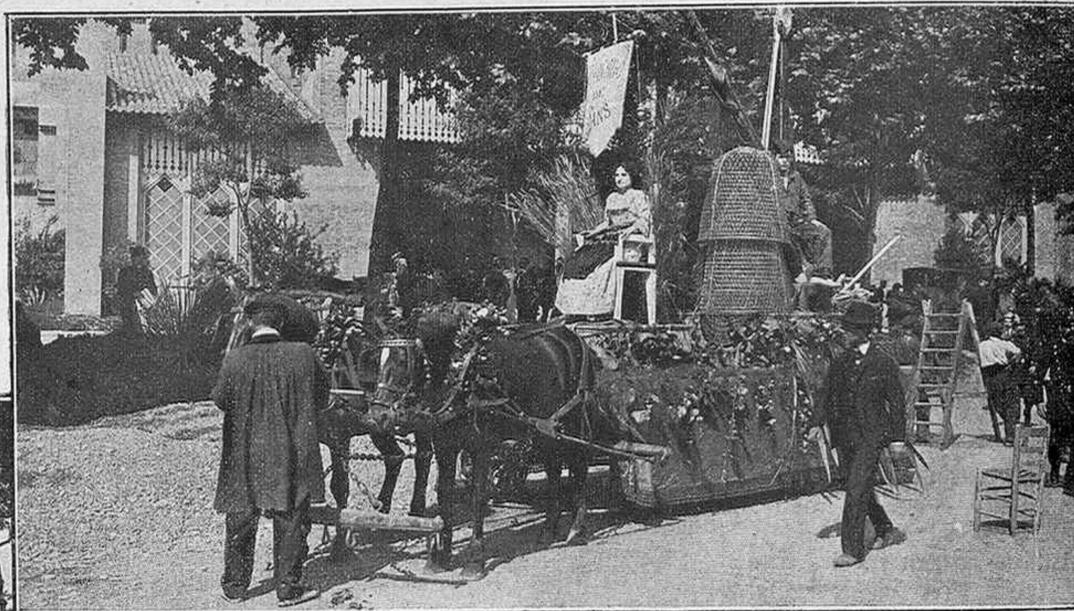
¿Quién sabe! Acaso lo que pretendo ver es una ilusión de mis sentidos; acaso este amor no llegue nunca á realizarse en este pobre mundo, donde los hombres van en triste peregrinación, fatalmente colocados entre una realidad de la que casi siempre maldicen y una esperanza de la que con frecuencia dudan.

Pero cuando llegue ese día en que el cuerpo deje de ser tierra para convertirse en ceniza, me llevaré al morir esa pasión inextinguible, esa santa creencia, y me parecerá que los negros ojos de Catalina, siempre llenos de amor y de promesas, atravesando la tierra húmeda y removida y animando mis carcomidos huesos, me dicen como ahora: «¡Arriba, siempre arriba, que allí es la cita eterna y allí está la eterna dicha!»

JOSÉ TORAL.

### BARCELONA. - LA CABALGATA DE LOS MERCADOS

Muy lucida bajo todos conceptos resultó la cabalgata de los mercados que puso término á las fiestas organizadas por el Fomento Festival Barcelonés.



Carro del mercado de Sans. (Segundo premio.)

Formábanla los carros de los mercados de la Concepción, de San Antonio, de San José (de Barcelona), de la Libertad y de la Revolución (de Gracia) y el de la comisión organizadora.

Obtuvo el primer premio el del mercado de San José: en la parte delantera del mismo y sentadas sobre dos grandes caracoles había dos matronas; en el centro la diosa de la Caza llevando de la mano una cabra; en último término la diosa de la Agricultura en un gran sillón montado sobre dos bueyes, cobijada bajo un artístico velarium. Completaban la decoración varias alegorías y productos del mercado y coronaba el todo un gallo colosal.

El del mercado de Sans, que alcanzó el segundo premio, estaba formado por atributos de la Agricultura y de la Pesca, figurando además en ella la diosa Ceres y una gran barca con un pescador.

El del mercado de San Antonio, que mereció el tercer premio, ostentaba una reproducción en miniatura del mercado colocada sobre bien entendidos grupos de atributos.

El del mercado de la Concepción, completamente blanco, formaba un grupo alegórico de matronas y amercillos con el cuerno de la abundancia.

En el del mercado de la Libertad veíase una matrona sentada en lo alto de una escalinata y á la sombra de un pino, acompañada de otras dos y rodeadas de verduras y frutas: destacábase en él el pendón de Barcelona.

El del mercado de la Revolución figuraba una mesa de venta, detrás de la cual y en medio de grupos de flores se alzaba bajo un frondoso cedro la diosa del Comercio con dos matronas al lado.

El del Fomento Festival era un trono, con dos leones delante, y sentada en él una matrona que figuraba Barcelona rodeada de otras matronas y heraldos.

Completaban la cabalgata varias carretelas con lindas vendedoras de los distintos mercados, algunas músicas, heraldos á pie y á caballo, etc., formando un conjunto en extremo vistoso y elegante.

Todos los carros, excepto el del mercado de la Concepción, fueron proyectados y dirigidos por el reputado escenógrafo Sr. Chía.

Después de la cabalgata celebróse un baile en el Frontón Barcelonés, que

ofrecía un hermoso golpe de vista, así por los adornos del local como por la numerosa concurrencia, en la que predominaban lindas muchachas elegantemente ataviadas. En él fué elegida reina de los mercados la bellísima joven Carmen Moragas, cuyo retrato, que reproducimos, es la mejor prueba de la justicia con que procedió el jurado en su elección.

Los grabados de los carros que en esta y en la siguiente página publicamos están reproducidos de fotografías de don Adolfo Mas. - P.

LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

CUENTO

- Tú no sabes, querido amigo, lo que es la lucha por la existencia, me decía filosóficamente Pepe Trueno, antiguo camarada mío de Universidad y uno de los mayores bohemios que han pisado aulas, casinos, salas de billar y redacciones de periódicos



BARCELONA. - LA CABALGATA DE LOS MERCADOS. - Carros de los mercados de San Antonio (tercer premio) y San José (primer premio)

Quise objetarle ante aquella rotunda y ¡ay! injustificada aseveración, pero no me dió espacio para ello, pues como una tarabilla y cual si hiciese mucho tiempo que esperase una ocasión en que soltar el grifo de sus impresiones y recuerdos, prosiguió:

- No, tú no lo sabes... ¿Quieres decirme que trabajas como un camello en el desierto para ganar el *panem nostrum quotidianum*? ¿Quieres hacer valer que te pasas, como el héroe manchego, las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, para obtener al fin de la jornada un miserable sueldo? ¿Pienzas que vas á conmovirme por repetirme que no se te cae la pluma de la mano desde que te levantas con la aurora hasta que te acuestas con el alba, y que el enjambre de chiquillos que te rodea y los gastos que tu casa te origina convierten tu cerebro en una esponja y tu actividad en una rotativa?... ¡No! No me podrás convencer jamás de que eso es lucha... Eso es sencillamente labor; labor más ó menos fuerte, labor más ó menos pesada, labor más fatigosa ó más dulce, pero labor al fin, que te proporciona á su término unas cuantas pesetas, pocas y desgastadas si quieres, pero también al fin pesetas, con las que puedes cubrir tus más apremiantes necesidades y tus exigencias más apremiantes... Eso no es lucha.

El rostro famélico de Pepe Trueno adquiría con las violencias del lenguaje un tono sonrosado, que le disimulaba un tanto la pátina de miseria que su vida pasada había impreso en toda su raquífica figura.

- Mira, continuó diciéndome, cuando mi tío el general me envió á Huesca con aquel único destini- llo que he tenido y gozado

en toda mi vida, también pensaba como tú, que luchaba por la vida, cumpliendo al pie de la letra la cartilla del buen empleado, que, como sabes, estriba en seguir á ojos cerrados aquel aforismo de covachuelista que dice: «Ya que no seamos puntuales para la entrada en el despacho, séamoslo al menos para la salida,» y en no cometer la imprudencia de dejar de firmar la nómina ningún mes... ¡Cuán engañado estabal.. Pues bien: entonces fué cuando hice la

tontería de considerarme obligado á constituir una familia que, naturalmente, se fué aumentando conforme iban disminuyendo las probabilidades de que mi tío continuara en el poder y por lo tanto yo en mi puesto, donde, como no



Carro del mercado de la Concepción

hacía absolutamente nada, me iba á las mil maravillas, no obstante de que no dejaba, como te digo, de lamentarme con los amigos en el café de lo penoso que es luchar por la existencia, en tanto que saboreaba lo que por Moka nos querían hacer pasar y contribuía á llenar de humo la sala. En resumen te diré que en poco más de cuatro años me encontré rodeado de siete chicuelos, que todos ellos cabrían debajo de una sombrerera... ¡Misterios de la naturaleza prolífica de mi media naranja!.. No quiero explicarte el género de emoción que experimentaba cada vez que esperando un heredero, para cuando hubiera que heredar, se me presentaban dos... Mi mujer confiaba cándidamente en el pan que cada hijo malas lenguas dicen que trae debajo del brazo; pero lo positivo y verdadero fué que mi octavo retoño, por una equivocación lamentabilísima, en vez del panecillo esperado me trajo la cesantía del ministerio... No debo explicarte el mal efecto que en mi casa produjo la mala pasada del angelito... Entonces y sólo entonces comencé á saber lo que es esa lucha de la que tanto hablan los que mejor harían con ca-

llar; lucha más que homérica, por cuanto era contra el destino que se cebaba en mí por medio de un simple papel, sin enemigo con quien medir las armas; lucha horrible, porque había de ser diaria; lucha inexcusable, porque la imponían los gritos desaforados de una porción de estómagos de todos calibres; lucha desigual, porque se entablaba entre mi ya pesado sable y las monedas á las que Mercurio colocó alas... Poco á poco fueron desapareciendo de mi hogar las ropas en buen uso, los muebles decorosos, las escasas joyas que mi mujer había conseguido librar de anteriores borrascas... Mi casa quedó convertida en un palomar... Yo salía todos los días, como el novio del cuento, por lo menos por cinco pesetas, siendo muchas las que tenía que regresar sin cinco céntimos... Las gentes me señalaban ya con el dedo; los amigos hufan de mí; en los cafés no me permitían la entrada; en las tiendas de comestibles no me fiaban... ¿Es que cuando á uno le dejan cesante

- pensaba yo - le extienden la autorización para emigrar al otro barrio? ¿Es que los hombres no tienen derecho á vivir en cuanto dejan de tener dinero?... Vamos, que la cosa era para meditarlo bien... No me quedaba ya otro capital que el ingenio y me propuse aguzarle... Cada cual explota aquello que posee. Yo hubiera preferido una mina de Tanganika, pero puesto que sólo ingenio conservaba y para eso bien debilitado por abstinencias y ayunos, que la iglesia no había de agradecerme, puesto que los hacía contra toda mi voluntad, al ingenio me agarré como el naufrago al puñado de algas que flotan en su torno y por ilusión óptica considera como verde tabla de salvación. No te



BARCELONA. - LA CABALGATA DE LOS MERCADOS. - Carro del Fomento Festival Barcelonés

deseo, chico, que tengas que poner en tortura el *quid divinum* que dicen que más ó menos espléndido todos llevamos en la sesera. Con el ingenio sucede lo que con otras muchas cosas: cuando mejor empleo se quiere hacer de él, es cuando se muestra más reacio á complacernos. ¿No te ha pasado que cuanto más elocuente has querido estar con una mujer para expresarla tu sentir y describirla tu amor, ha sido cuando más torpe has estado de palabra?... Pues así



SOLEDAD DE OTONO, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE SIDNEY PIKE

me sucedió á mí. ¿Dónde había ido á parar aquel ingenio que me celebrabais en la Universidad, que me dió fama en garitos y reuniones y que me libró frecuentemente de disgustos más gordos?.. ¡Todo había desaparecido, ó por lo menos no quedaban de ello más que minúsculos vestigios, harapos despreciables, menudencias insignificantes! Pero como lo último que debe perderse es la esperanza, yo á ella me acogí para llevar á mis chicuelos algunos comestibles. Comprendo lo que me vas á decir; que hubiera sido mejor cogerme á un tendero de ultramarinos; bueno, no me interrumpas... La esperanza es una gran cosa para el que no tiene otra más positiva, y esa señora en realidad es espléndida y caritativa. De mí puedo decirte que me sugirió una idea feliz. En resumidas cuentas y... á propósito, ¿tienes un pitillo?.. Estimando; en resumidas cuentas, que acosado por los bostezos que lanzaba toda mi prole y como por ser tantos y tan repetidos semejaban un temporal, éste me empujó hacia la administración de uno de los periódicos locales, y prometiendo pagar su importe cuando apareciera en el mismo, mandé insertar un anuncio que decía sobre poco más ó menos:

«El caballero que ayer compró garbanzos en una tienda de comestibles de esta capital, al llegar á su casa, calle de Tal, número tantos, notó que en el peso le habían robado nada menos que cinco libras. Si en el término de veinticuatro horas no recibe el complemento, hará público el nombre del comerciante que de manera tan descarada roba al parroquiano, para que nadie vuelva á comprar á su casa.»

—¿Y qué te proponías con esa amenaza?, me atreví á replicar á Pepe Trueno.

—Lo que conseguí... Antes de las veinticuatro horas tenía en mi casa siete arrobas de garbanzos. ¡Todos los tenderos de la capital me obsequiaron con cinco libras!

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

NUESTROS GRABADOS

**Soledad otoñal, cuadro de Sidney Pike.**—Todas las estaciones del año tienen sus encantos especiales, porque la naturaleza es bella en todas sus manifestaciones, y si es grata la contemplación de un paisaje de primavera en que los árboles se cubren de hojas y las plantas de flores y asoman en los campos los primeros tallos de las que después serán abundantes mieses, bajo un cielo intensamente luminoso, no lo es menos el aspecto que ofrece la tierra cuando los primeros fríos otoñales desnudan las ramas y el firmamento toma esos tintes grises que aumentan la melancolía del cuadro. Ambos espectáculos despiertan en nosotros la emoción estética; en ambos sentimos que nuestro espíritu se eleva á las puras regiones de la poesía, risueña, llena de vida en un caso, apacible, casi triste en el otro. Trasladar al lienzo estos espectáculos de manera que al verlos reproducidos volvamos á experimentar los mismos afectos íntimos que su visión directa excitara en nosotros, es tarea difícil de lo que á primera vista parece, pues para ello se requiere que el pintor acierte, no sólo á copiar la parte material de la naturaleza, sino además á fijar en la tela el alma de la misma. Esto es lo que ha hecho el notable artista inglés Sidney Pike en el hermoso cuadro que publicamos; hay en él algo más que árboles, agua y cielo; hay lo que realmente hace vibrar las fibras de nuestro corazón.

**Esculturas de Reginaldo F. Wells.**—Este joven escultor inglés que hace poco todavía estudiaba en escuelas y academias y trabajaba bajo la dirección del profesor Lantieri, hoy goza envidiable reputación entre sus compatriotas. Comprendiendo el verdadero carácter del arte moderno, cultiva dentro de la escultura los asuntos que mejor ha podido observar, que son los rurales, entre los cuales ha vivido y con cuyo modo de ser se ha identificado en absoluto; por esto sus obras tienen todo el vigor de la realidad, se mueven, respiran; en una palabra, son expresión exacta de la vida real y por esto nos impresionan tan gratamente.

**El cardenal Vaughan.**—La muerte del arzobispo católico de Westminster ha producido hondo sentimiento á todos sus compatriotas que, sin distinción de religión, respetaban su carácter, reconocían su ciencia y admiraban su actividad, sin cesar aplicada al desenvolvimiento de instituciones filantrópicas. Nació en 1832 y se graduó de doctor en teología en Roma en 1854, mereciendo desde luego la protección del cardenal Manning, que le puso al frente del oratorio de San Carlos

Borromeo, uno de los establecimientos católicos más importantes de Londres. Siendo rector del seminario de San Edmundo de Ware, fué nombrado en 1872 obispo de Salford y administró su populosa diócesis durante veinte años. A la muerte del cardenal Manning, sucedióle como arzobispo de



S. E. el cardenal VAUGHAN, arzobispo de Westminster, fallecido en 19 de junio último

Westminster, y S. S. León XIII le elevó al mismo tiempo á la dignidad cardenalicia. Su influencia sobre sus compatriotas era tal, que obtuvo de ellos las sumas enormes que se necesitaban para terminar la nueva catedral de Westminster, construída según el estilo bizantino y cuya elevada torre rivaliza con la de la antigua abadía gótica en donde hoy está instalado el Parlamento.

**Una situación difícil, cuadro de Joaquín Luque Roselló.**—A semejanza de lo que practican algunos de sus compañeros, dedícase nuestro paisano el Sr. Luque Roselló á producir cuadros que recuerdan tipos, escenas ó costumbres de las provincias meridionales de nuestra patria, completando los temas elegidos con preciosos accesorios que sirven para avalorar la obra y para manifestar sus cualidades de colorista. Prueba de ello es el cuadro que reproducimos, de asunto sencillo, quizás trivial, pero simpático y agradable, que cautiva por el buen gusto que revela y por la atinada exposición de la escena representada.

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE BELLAS ARTES EN DUSSELDORF. 1904

La ciudad del genial Enrique Heine, ese poeta favorito de la raza latina; la de Jacobi, el amigo de Goethe; la de los Cornelius, Schadow, Bendemann, Camphausen y tantos otros pintores que han recibido las caricias de la fama como los dos Achenbach, los dos Roeber, etc.; la ciudad del renombrado Malkasten, creado para solaz y entretenimiento de los hijos del arte de Apeles; la que mantiene con gloria los prestigios de la literatura clásica consagrando en su teatro tan famoso desde los tiempos del gran dramaturgo Immermann funciones de gala á las obras de Goethe; la cuyos menestrales se complacieron en estrenar el drama sacro de Calderón, titulado *El Gran Príncipe de Fez*; la ciudad de *Dusseldorf*, está preparando una gran *Exposición Internacional de Bellas Artes*. Esto después de haber organizado en 1902, bajo los auspicios del Príncipe heredero del Imperio, una *Exposición de Bellas Artes y de Industria limitada á las provincias del Rhin y de Westfalia*, y esas dos perlas más preciosas en la corona de Prusia, con éxito tan brillante que albergaba en su hospitalario recinto cinco millones de huéspedes entusiasmados con la grandiosidad del espectáculo sorprendente que ofrecían tantas maravillas de la industria y tan numerosas cuanto bellas obras del arte, alcanzando la venta de éstas últimas la cantidad de 600.000 marcos, aunque la tercera parte haya sido declarada invendible por los mismos exponentes.

En el concurso de las naciones cultas ha de ocupar la artística *España* el lugar que corresponde á la patria de Velázquez y de Murillo, á la tierra de Montañés: los pintores y escultores de la *España contemporánea* han de demostrar al mundo que ésta continúa siendo la privilegiada patria de las Bellas Artes,

así como lo demostraron, hace algunos años, en Munich, siguiendo la convocatoria de la siempre española Infanta Doña Paz, y en la *Exposición Universal de París*.

La ciudad de *Dusseldorf* convida por mi boca á los más eminentes pintores y escultores de *España* á que remitan á las orillas del Rhin hasta el 1.º de marzo de 1904 sus obras más excelentes nacidas después del año de 1895.

Al concurrir contribuirán indudablemente, así á la gloria de España, como á su propio provecho.

El presidente de la *Exposición* es el ilustre profesor *Federico Roeber*, el vicepresidente el célebre pintor *Maximiliano Volkhart*.

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 22 de junio de 1903.

MISCELÁNEA

**Teatros.**—Sarah Bernhardt se propone representar en el antiguo anfiteatro de Orange un drama histórico *La légende du cur*, expresamente escrito para ella por el célebre autor Juan Aicard.

**París.**—Organizada por M. Bordes, el director de la famosa «Schola Cantorum», se ha celebrado una fiesta tan original como agradable, consistente en la reconstitución de un teatro «de verdor» del siglo XVII. El local en donde se verificó la función estaba admirablemente dispuesto en un sitio rodeado de árboles, y el programa se componía de tres números: un prólogo de las fiestas venecianas, ópera-baile de Campra, que ejecutaron de un modo exquisito M. Luis Bourgeois y Mlle. Marie de la Rouviere; *La Guirlande*, pastoral-baile en un acto, que cantaron admirablemente M. Dufliche y mademoiselle Juana Leclerc, de la Ópera Cómica, y bailaron Mlles. Luisa y Blanca Mante, de la Ópera; y *Les Sabots*, ópera cómica de Duni, letra de Sedaine, cantada deliciosamente por la vizcondesa de Tredern, el conde de Gabriac, M. Roberto Le Lubez y mademoiselle Sereno, del teatro de la Moneda de Bruselas.

**Barcelona.**—Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *Arlequin Rey*, mascarada dramática en cuatro actos del escritor húngaro Lothar; y *Aire de fuera*, comedia en tres actos de D. Manuel Linares Astray, y en Novedades *Le due coscienza*, de Rovetta.

Necrología.—Han fallecido:

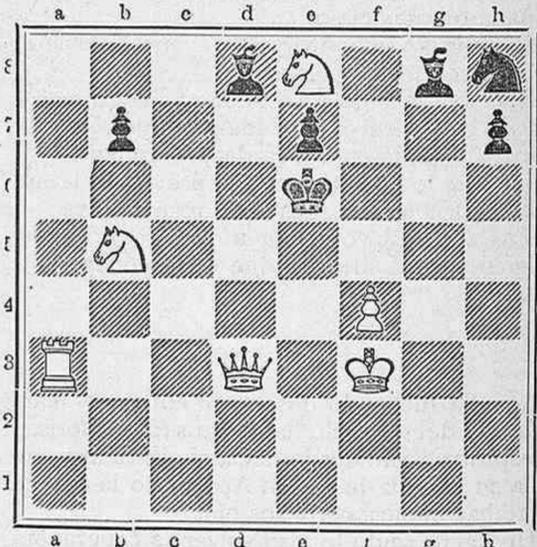
D. Antonio Pirala, notable historiador, miembro de la Real Academia de la Historia, autor de *Anales de la guerra civil*; *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*; *Historia contemporánea, Anales desde 1843 hasta la conclusión de la actual guerra civil*; *España, sus monumentos y artes, su naturaleza é historia* y otras.

\*Alejandro Calandrelli, notable escultor berlinés.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 330, POR J. W. ABBOTT.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 329, POR R. SAHLBERG.

- Blancas. 1. Rh8-g8
- Negras. 1. d6-d5
- 2. Cc6-a7
- 2. Rc3xd4 ú otra.
- 3. Ca7-b5 mate.

VARIANTES.

- 1..... a5-a4; 2. Af8xd6, etc.
- 1..... f4-f3; 2. Cg4-e3, etc.
- 1..... Ch3 juega; 2. Cg4-f2, etc.
- 1..... Ch5 juega; 2. Cg4xf6, etc.

# SONIA

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)



El caballo omó el trote...

Cualquier medio le parecía bueno con tal que pudiese molestar al joven; quien á pesar de su esticismo y del poco caso que hacía de aquellas chiquilladas, sintió más de una vez que la cólera le dominaba y tuvo que reprimirse para no echar por la ventana á aquel trastuelo. Al cabo de dos horas de tragar saliva, se contentó con decirle:

- Mañana es domingo; pero en realidad lo hasido hoy para ti, ya que no has estudiado nada. Mañana, pues, darás las lecciones que debieras haber estudiado hoy.

El niño quiso protestar; pero Boris le empujó suavemente hacia afuera.

- Diviértete, le dijo; aprovecha el día, porque mañana tendrás clase.

Eugenio se marchó furioso pensando en el modo como podría vengarse.

Hacia ya más de cinco minutos que rabiaba, cuando se le ocurrió una idea luminosa. Se dirigió en seguida en busca de su hermana.

- Lidia, le dijo tranquilamente; ya he terminado mi lección; puedes ir á tomar la tuya.

Y salió de allí con las manos en los bolsillos, dirigiéndose al sitio en que creía encontrar á su madre.

X

Aquella lucha de dos horas contra la mala voluntad del chicuelo había cansado á Boris, y su espíritu, triste desde hacía algún tiempo, no tenía su energía habitual. Apoyando la cabeza en ambas manos, cerró los ojos.

Un ligero ruido le hizo volver la cabeza: era Lidia. Al verla, el pobre estudiante olvidó de repente sus penas y su cansancio.

Con su amada parecía haber entrado el sol en aquel gabinete de estudio tenebroso.

- Lidia, murmuró en voz baja ocultando su rostro entre los pliegues del vestido de la joven, que estaba de pie cerca de él; Lidia, eres mi alegría y mi consuelo. Tú á lo menos no me abandonarás, ¿verdad?

Una ola de rubor invadió el rostro de Lidia. Por toda contestación puso su mano sobre la cabeza del joven, que levantó los ojos; la mirada que encontró la suya, vacilante primero, se afirmó poco á poco, y Lidia apoyó suavemente sus labios sobre la frente de su prometido.

- Tú me amas, ¿no es verdad?, le dijo él en voz baja.

- Te quiero, contestó ella subyugada por la fuerza de aquel amor que confusamente comprendía que era superior á sus propios sentimientos.

- Tengo que decirte muchas cosas, Lidia. Vendrás á la fuente después de comer, ¿verdad?

- Sí, contestó ella.

- Escucha, he sufrido mucho durante estos últimos tiempos y no me atrevía á hablarte...

El rostro de Lidia enrojecía más y más; sus mejillas ardían, sin duda de vergüenza, y volvió la cabeza.

- He sido un tonto en dudar, continuó. Me ha

parecido que me amabas menos... ¡Perdóname, Lidia; dime que me perdonas!

Y cubría de besos apasionados las manos de la joven, que acercaba á sus ojos húmedos. Había sufrido tanto, que todo su organismo estaba quebrantado. La escena de la mañana había acabado de debilitarle, y sólo su fuerza de voluntad le impedía llorar como un niño; pero se irguió de repente y enlazó á Lidia con sus brazos.

- ¡Te amo!, exclamó; tú eres mi vida y por ti lucharía con el mundo entero. Dame un beso.

La mejilla de Lidia se inclinaba hacia él, que hizo un brusco movimiento, y selló con sus labios ardientes los de su novia.

La puerta se abrió de par en par.

- ¡Mira, mamá, mira, mi preceptor besa á mi hermana!, gritó Eugenio con su voz más chillona.

La señora Goreline se precipitó sobre ellos como una leona furiosa: la enamorada pareja no tuvo tiempo de soltarse antes que ella lo hubiese advertido.

- ¡Miserable!, exclamó avanzando hacia Boris con la mano alzada.

La generala iba á abofetearle probablemente; pero el joven cogió aquella mano amenazadora, la bajó con gesto firme, y en tanto que ensayaba vanamente de alcanzarle con la otra:

- ¡Señora!, dijo con voz profunda en que á una indecible cólera se mezclaba la emoción de un paso decisivo, le pido á usted la mano de su hija Lidia.

- ¡Miserable!, replicó la madre con furor.

Boris le soltó la mano y le miró tranquilamente.

- Soy un caballero, dijo, y no soy pobre del todo; además tengo valor y espero en el porvenir. Le pido á usted la mano de su hija Lidia... sin dote, añadió después de un momento de silencio.

Sofocada por la rabia, la señora Goreline había retrocedido algunos pasos, yendo á caer sobre un sofá, desde donde miraba al joven con ojos terribles. Lidia se había escapado, y un grito agudo de Eugenio indicó que, sin duda en reconocimiento de su honrosa conducta, aquélla le tiraba probablemente de las orejas.

En cualquier otra circunstancia aquel grito hubiese trastornado á la generala, pero en



un grito agudo de Eugenio indicó que...

aquella ocasión ni siquiera lo oyó. Con los ojos fijos en Boris, que estaba de pie ante ella, buscaba en vano palabras con que expresar sus sentimientos.

— ¡Desarrapado, bribón, exclamó al fin, que se introduce usted en el seno de las familias para seducir á las jóvenes!

— No seduzco á nadie, pues le pido la mano de su hija, respondió tranquilamente Boris.

Había llegado á aquel grado de exaltación en que se tiene una calma sorprendente y se miran desde muy alto las miserias humanas, que se desdeñan.

— ¡La mano de mi hija! ¿Cree usted que es para un pobre diablo como usted? ¡Ah! ¡Ah!..

Y la señora Goreline lanzó una carcajada nerviosa.

— Entonces, ¿me la rehusa?, dijo Boris imperturbable.

La señora Goreline continuó riendo y haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

— Muy bien, continuó el joven; voy á pedirla á su esposo.

Mas furiosa que nunca, la generala se puso de nuevo en pie.

— ¿A mi marido? ¡Se lo prohibo á usted!

— No recibo órdenes de nadie, dijo Boris dirigiéndose hacia la puerta.

— ¡No verá usted á mi marido! Le echo á usted de mi casa.

— Razón de más para no obedecerla, continuó el joven sin turbarse.

La generala le siguió, llenándole de invectivas. Al cabo exclamó:

— De todos modos, si mi marido es bastante estúpido para escuchar á usted, será lo mismo que si nada hubiese dicho. Es un imbécil, y no es él quien manda aquí.

— Ya lo he conocido más de una vez que efectivamente no es el amo, continuó tranquilamente Boris, y más de una vez también lo he deplorado.

Los criados, sorprendidos por los gritos de su ama, miraban con curiosidad malévolá á Boris, á quien seguía paso á paso la generala.

— ¡Márchese usted!, repetía ésta con rabia.

— ¡Cuando me dé usted caballos!, dijo al cabo volviéndose para hacerle frente.

— ¿Caballos? ¿A usted?.. ¡Puede irse á pie con las botas en la punta de un palo, como un campesino que es usted!, gritó aquella furia, cárdena de furor.

— Somos de buena cepa, replicó sin conmoverse; y si no quiere usted darme caballos, ya los encontrará en la aldea.

— No los encontrará usted, repuso ella con risa impertinente; al primero que ose servirle, hago que le den de latigazos.

— No es usted de nuestra época, señora, contestó cortésmente Boris. Gracias al cielo, hace muchos años que no se puede pegar impunemente á los campesinos, cosa que parece ha olvidado usted.

— No encontrará usted caballos en mi aldea, replicó la señora; arruinaré al que se los preste.

— Los encontraré en los dominios del príncipe, vuestro vecino, dijo bruscamente Boris, ya impacientado y dando con la puerta en las narices á aquella furia y cerrando con llave.

Sonia, temerosa, estaba bajo la ventana, y no oyendo ya ruido llamó al joven por su nombre.

Éste se aproximó á la ventana.

— ¿Amo mío, también le echan?

— ¿Cómo también?, repuso Boris admirado.

— Sí, me han echado esta mañana y usted...

— Muy bien, interrumpió Boris; entonces te llevo conmigo; desde ahora estás á mi servicio. Toma, he aquí cinco rublos, ve al otro lado del río, al primer pueblo del príncipe Armianof, y di que en seguida venga una telega y un caballo para ir á la casa de postas. Corre, enseña el dinero, pero no lo des.

Sonia partió como una flecha y Boris se puso á arreglar precipitadamente su maleta. No sabía lo que le pasaba ni lo que sentía en la cabeza ni en el corazón; en medio de su confusión de ideas, un sufrimiento atroz le causaba por momentos una brusca sacudida, del mismo modo que entre la espesa humareda de un incendio, sienten los desgraciados que no pueden escapar que de cuando en cuando una lengua de fuego toca su cuerpo paralizado por la asfixia y el terror.

No tenía sino un pensamiento bien determinado: abandonar aquella casa. ¡Pero Lidia quedaba allí! Entonces le asaltaba un deseo vehemente, devorador, de arrebatarse á Lidia entre sus brazos, sentarla en aquel carruaje humilde y huir con ella lejos, muy lejos...

¿Qué importaba el sitio? El cielo era azul, el camino ancho, y siempre ante ellos el horizonte iría retrocediendo. ¿Faltarían por acaso techos en que abrigar dos corazones dichosos?

Se acordó de su madre, tan buena, tan digna, tan

tranquila siempre... ¿Cuándo podría ver á aquellas dos mujeres adoradas sentadas en un mismo banco, á la sombra de los mismos árboles y queriéndose con entrañable amor?

— ¡Jamás!, dijo con desaliento; ¡jamás!

Salió de su habitación con intento de ver á Lidia aunque no fuera más que un segundo, mirarla aunque fuera de lejos... Trabajo perdido, todas las puertas estaban cerradas; y al otro extremo de la casa se oía la voz chillona de la señora Goreline que reñía á su marido.

Boris volvió á su cuartito y se sentó junto á la ventana.

Aquel jardín, el sendero que conducía á la fuente, aquellas flores de verano casi ajadas, las de otoño ya entreabiertas, todo aquello se grababa por modo indeleble en su memoria recordándole el marco del cuadro en que tanto había querido á Lidia. Se acordó entonces que había olvidado los libros en el gabinete de estudio, y salió para buscarlos.

¡Cuán triste, fría y desierta le parecía aquella sala donde fué ultrajado y donde su dicha se había roto entre sus manos como si fuera de frágil cristal!

Procurando no pensar, pues se sentía casi vencido por el dolor, se ocupó maquinalmente en recoger cuanto le pertenecía. Allí, sobre aquella mesa estaba el cartapacio de Lidia, con su letra menudita y apretada, á trechos irregular y como temblorosa. Lo miró durante gran rato, y después, doblándolo cuidadosamente, lo guardó en el bolsillo.

¡Cuántas largas noches consumió luego leyendo una y otra vez aquellas líneas, y cuántas veces se detuvo con el corazón palpitante, recitando los versos de Lamartine que había cantado para ellos la primavera del amor! Pero aquel día tuvo el valor de no fijarse en nada, de no leer nada, y cogió el tomito amarillo, el *Jocelyn* que les había hecho traición, escribió en la cubierta el nombre de Lidia, lo puso entre una gramática y un libro de temas á fin de ocultarlo á las miradas de la generala, y salió del cuarto sin volver atrás la vista, temiendo desfallecer.

Sonia le aguardaba bajo la ventana y le llamó en cuanto advirtió su presencia.

— La telega está ahí enfrente, al otro lado del río, dijo; el labriego que la guía no se ha atrevido á venir hasta aquí.

— ¿Por qué?, preguntó Boris, irritado por aquel último, insignificante obstáculo más que por todos los otros. Si quiere ganar el dinero, que venga aquí, por la puerta grande; si no, que se marche; iré á pie.

Sonia volvió de nuevo, y diez minutos después la carreta entraba ruidosamente en el patio. El labriego murmuró algunas humildes excusas, que Boris no escuchó siquiera; hizo cargar su maleta y la cajita de libros, instaló á Sonia en el banquillo entre las carcajadas de los criados, y con tono de mando y volviéndose hacia los lacayos dijo:

— ¡Que avisen al general que quiero hablarle!

Ante la mirada amenazadora del joven, las risas cesaron, los criados desaparecieron y un momento después el general apareció en la puerta, seguido de su esposa. En cuanto á Eugenio, nadie sabía dónde estaba; su travesura había tenido demasiado buen éxito y lloraba en un rincón la partida de su preceptor, á quien en el fondo quería.

— General, dijo Boris, primeramente quiero darle á usted las gracias por la estimación que me ha manifestado. Esta mañana he pedido á su señora la mano de la señorita Lidia, y he recibido una negativa formal. Le repito á usted esta petición; ¿qué me contesta?

La señora Goreline iba á interponerse, pero Boris le dijo cortésmente:

— Creo, señora, que el asunto queda zanjado entre nosotros dos. Ahora tengo el honor de hablar á su marido. Espero su respuesta de usted, general.

— Pero, balbuceó el anciano, mi mujer dice...

— Es la contestación de usted la que deseo saber, replicó Boris con insistencia.

— Por mi parte, puedo decir á usted que le quería mucho y que le tengo por un hombre honrado; pero no me mezclo en estos asuntos que son de la competencia de mi mujer; y luego, el príncipe...

— ¿Rehusa usted?, dijo Boris con la misma sangre fría aparente.

— Pero...

— Sí, gritó la señora Goreline; ¿cuántas veces será preciso decírselo?

El general inclinó la cabeza en silencio.

— Bien, dijo Boris. Tengo, sin embargo, otra petición que hacer á usted. Su señora esposa ha echado de la casa y de la finca á esta huérfana que está aquí. Le ruego á usted que me entregue sus papeles á fin de que pueda llevármela á casa de mi madre, donde se le prodigarán todos los cuidados que requieren su edad y su abandono.

El general miró tristemente á Sonia que, sentada en la carreta, lloraba á lágrima viva.

Los criados ya no se reían; la fibra hospitalaria que vibra tan fácilmente en el corazón de todo ruso, se había despertado en ellos al oír las últimas palabras de Boris.

— Es verdad, pensaban, es una huérfana, y Dios ama á los huérfanos y á los pobres.

— ¿Quiere usted llevársela?, gritó la señora Goreline; yo no lo quiero. La he echado, es verdad; pero le prohibo á usted que se la lleve. ¡Sonia, ven acá, desgraciada!

El general Goreline se irguió, y por primera vez en su vida se atrevió á mirar á su mujer de frente y á contradecirla.

— ¿Y por qué este joven no ha de llevarse á la niña, puesto que la has despedido?, preguntó con voz tan clara que los criados cambiaron entre sí miradas de sorpresa.

— No quiero que se lleve á la niña porque eso le gusta, y...

— Es una mala acción la que quieres cometer, Julia, dijo el general con tono severo, y has sido cruel para esta huérfana...

— ¡Cómo! ¿Te permites afeár mi conducta en presencia de mis criados! ¡Esto es demasiado! ¡Y por esta vagabunda!.. ¡Ven acá, desgraciada!

— ¡No quiero!, dijo el general con la voz tonante con que en las batallas mandaba sus baterías. La niña seguirá á este joven, que ha sido bueno para ella y que quiere llevarla á casa de su madre.

— Pero... Stepan Petrovitch...

— Únicamente yo tengo derecho de jurisdicción en esta hacienda, que es mía, y quiero que se cumpla mi voluntad. Váyase usted tranquilo, Boris Ivanovitch, dijo al estudiante; antes de ocho días tendrá usted los papeles en regla. Déme usted su dirección.

La señora Goreline echaba espumarajos por la boca, pero conocía que toda resistencia sería vana. Nunca había visto á su marido poseído de aquella cólera, y el desprecio habitual con que le trataba se convirtió en una especie de respeto por aquella voluntad tan firme. Se calló tascando el freno.

— Doy á usted las gracias, general, dijo Boris, aliviado de un gran peso; adiós.

Iba á subir al carricoche, cuando la señora Goreline le gritó bruscamente:

— ¿Y el dinero? Es preciso que le pague á usted.

Aquella mujer tan destemplada, era muy escrupulosa en materia de intereses.

— No, respondió Boris, no tengo necesidad de dinero, nada me debe usted. Me llevo una criada y me considero pagado; adiós.

Por segunda vez, durante aquel día, la señora Goreline sintió que su desprecio se convertía en respeto, y admiró á aquel joven que era verdaderamente desinteresado.

El general tomó de manos de su mujer el cartucho de rublos destinado á Boris, lo dividió en dos partes, entregó una de ellas á su mujer, y aproximándose al carricoche puso la otra en la falda de Sonia, que sollozaba más amargamente que nunca besando las manos de su primer protector.

— Ya iré á verte, le dijo al oído; chist, no llores.

— Adiós, general, dijo Boris con voz conmovida, es usted un hombre digno.

— Hasta la vista, apuntó misteriosamente el general, guiñando un ojo.

— ¿No ha acabado usted todavía, general?, gritó ásperamente la señora Goreline.

Boris se quitó el gorro, y con una mirada saludó á los asistentes. Todos, criados y campesinos, se descubrieron.

— ¡Arrea!, dijo al cochero. ¡Con la ayuda de Dios!

El carrito se puso en marcha, al trote del matalón, y el techo de la casa de Lidia desapareció detrás de la verde fronda.

## XI

El campesino que guiaba tenía vehementes deseos de hablar, y por dos ó tres veces dirigió la palabra á Boris, que sólo le contestó con monosílabos.

Después de un rato de marcha, aparecieron por entre los repliegues del terreno la cúpula de la iglesia y los tejados de las casas de la ciudad cercana, y al cabo de quince minutos el carricoche se detenía ante un edificio de planta baja, construido con madera, y que era la casa de postas.

Nadie se incomodó para recibir á un viajero de tan escasa importancia. El cochero iba á saltar de su asiento; pero Boris, atajándole, le dijo que no se moviera y penetró solo en la que venía á ser sala de espera, grasiada y ahumada y en uno de cuyos ángulos estaba el dueño sentado fumando su pipa.

— ¿A qué hora pasa la diligencia de Moscou?, preguntó el estudiante.

El maestro de postas, sin incomodarse en saludar, se quitó la pipa de la boca, echó una bocanada de humo y sin perder su calma olímpica respondió:

- A las once, cuando no se retarda.  
- ¿Es preciso inscribirse en vuestros registros para tomar sitio?  
- No vale la pena; siempre que pasa por aquí viene ya llena.

- ¡Bah! Espero que encontraré un poco de sitio, aunque sea malo, dijo el estudiante para consolarse.

Sonia miraba con cierto temor la puerta por donde había desaparecido Boris. Este salió, y cogiéndola en brazos la bajó al suelo, después de mandar al amo de la telega que descargara el equipaje.

- Oye, Sonia, dijo, vas á estarte aquí quieta. Cuidarás del equipaje hasta que yo vuelva, pues la diligencia no pasa sino hasta hora muy avanzada de la noche, y entretanto, yo voy á hacer algo de provecho.

- ¿Se va usted?, preguntó Sonia con terror.  
- No tengas cuidado; volveré. ¿Crees que tu caballo puede ir de nuevo hasta donde me has tomado y volver aquí?, continuó, dirigiéndose al campesino.

Este, que tenía el gorro en la mano, se rascó la cabeza, y después de examinar atentamente el forro del casquete, dijo:

- ¿Cuánto me pagará usted por eso?  
- ¿Cuánto le has prometido por traernos aquí?, preguntó Boris á Sonia.

- Rublo y medio.  
- Pues bien: te daré cuatro en junto para todo, afirmó Boris. ¿Te parece bien?

El campesino miró á Boris de través y replicó:  
- Mi caballo está cansado, señor. ¿Qué necesidad tiene usted de volver allá abajo?

Boris iba á contestar como el rústico se merecía; pero comprendió que era preciso tener prudencia.

- Me he olvidado una cosa precisa.  
- Bueno. Pues entonces me dará usted un papelito azul - un billete de cinco rublos; - tengo un caballo descansado; lo engancharé y volveremos volando.  
- Quedamos conformes. Dentro de media hora ten listo el carruaje.

Entró en la sala de espera, seguido de Sonia; se hizo traer el *samovar*, preparó algunas tazas de té que la niña engulló ávidamente, y sin comer ni beber nada salió, después de recomendar á la pequeña que no dejara abandonadas ni por un momento la maleta y la cajita de libros, que formaban toda su hacienda.

Sonia se sentó en el suelo y guardó aquel sagrado depósito con fidelidad canina, sin impaciencia alguna, aun mucho después de haberse extinguido los rayos del sol poniente dejando á obscuras aquella sala.

La jaca, que venteaba el establo, corría rápidamente, y su amo la excitaba con la voz y el látigo; así es que devoraba el espacio, y á pesar de ello, á Boris le parecía que aquella carretera era interminable, á causa de su impaciencia.

- Aun cuando me maten como á un perro rabioso, decía interiormente, es preciso que vea á Lidia, que le hable un momento.

Llegaron por fin al pueblecillo. Boris dijo al campesino que tuviese el carricoche preparado para partir en seguida, y tomó á pie el camino de la casa del general, distante todavía cerca de una *versta*. En cuanto empezó el bosque, terció hacia la izquierda, siguió corriendo la torrentera, salvó de un salto el arroyo, y luego fué caminando á lo largo de la cerca del jardín.

Las horas habían transcurrido veloces entre tanta agitación, y cuando Boris llegó allí, los postreros rayos del sol morían entre el follaje. Eran próximamente las cinco de la tarde; la hora en que dormían los esposos Goreline; la hora en que siempre hallaba á Lidia junto á la fuente.

- Allí la encontraré, se dijo Boris, si no la han encerrado.

É iba acercándose; deteniéndose á trechos para dominar los latidos de su corazón. No pensaba entonces que podían verle, que era posible que le echaran ignominiosamente; sólo pensaba en que iba á ver á Lidia ó á morir de dolor y de rabia.

- Allí debe estar, murmuró en el momento en que el rumor de la clara linfa le advirtió la presencia de la fuente. Una barrera de follaje le separaba del sitio de la cita; trató de mirar á través del obstáculo, pues en su espera desesperada se le antojó ver un vestido blanco.

Sin inquietarse de los arañazos, se abrió un camino por entre el seto y avanzó con rapidez hacia la fuente.

Lidia no estaba. Su corazón pareció desgarrarse, y vencido por un dolor infinito se dejó caer sobre la hierba en el sitio que ella tenía costumbre de sentarse; y oprimiendo con sus labios aquella tierra fría é inerte, exclamó:

- Quisiera poder morir ya que no puedo verla.



Lidia no soñó con su novio aquella noche

Los pájaros piaban suavemente, como para advertirle que obscurecía y que era fácil que le sorprendieran. Pero transcurrió una hora sin que Boris pensara en apartarse de aquel sitio, ni recordara por soñación los riesgos que le amenazaban. Poco le importaba que le encontraran allí; la vida no tenía ningún valor para él desde el momento en que veía perdida toda esperanza.

Un ruido de pasos, que sonó muy cerca, le sacó de su entorpecimiento... Pensando en la seguridad de Lidia más que en la suya propia, se ocultó detrás de una mata y esperó.

Rodaron algunos guijarros y se oyó el ruido seco de unos botitos y luego el crujir de una falda de seda, no podía ser una criada. Boris escuchaba con el oído atento; y de su pecho se escapó esta exclamación ahogada:

- ¡Dios mío!

¡Era ella!

Boris se arrojó á sus pies, asustándola, pues la joven no podía pensar hallarlo allí.

- ¡Lidia!, murmuró cubriéndola de besos, ¿habías podido pensar que partiría sin verte? ¡Oh, hubiera muerto de pesar Lidia mía! ¡Para que viva y trabaje y tenga esperanza, es preciso que me repitas que me amas, que eres mía, que me aguardarás!..

Hubiera podido hablar de aquella manera durante horas y horas sin que ella le interrumpiera, pues le escuchaba embriagada, con la mirada fija en el rostro resplandeciente y transfigurado del joven.

Ya no era quien le hablaba el estudiante pobre, el amante de humilde porvenir; era un hombre que la amaba, que le hablaba á la vez como amante y como dueño; era más que todo eso, era el amor mismo, apasionado, irresistible. Deslumbrada por el esplendor de aquella aparición, Lidia sentíase dominada por el vértigo.

- ¡Sí, contestó al cabo, soy tuya, te espararé, te amo! ¡Te amo!, repitió pausadamente, como para saborear las sílabas de aquella palabra tremenda, cuyo alcance no comprendía.

Boris iba á contestar cuando muy cerca se oyó la voz de una criada que entonaba una canción.

- ¡Nos verán!, exclamó en voz baja y con espanto, temiendo por Lidia.

La canción sonaba cada vez más cerca, pero aún no se veía á nadie.

- Vienen á buscar agua para el te, dijo Lidia. Sígueme.

Se alejó rápidamente, enseñando el camino á Boris, y abriendo una puertecita que había en la cerca, se encontraron en plena selva.

- Vamos más lejos, dijo á Boris que quería detenerse.

Dieron todavía unos pasos y se ocultaron detrás de la maleza. Allí renovaron sus juramentos y adoptaron las medidas oportunas para poder escribirse. El sol se había ocultado por completo detrás del horizonte; la charla de los pájaros había cesado; las flores soltaban sus más suaves perfumes, y un vapor azulado parecía ascender de la dormida tierra.

- Es preciso que parta, dijo Boris desesperado, deteniéndose y contemplando á Lidia, á la que tenía abrazada. Si tú quisieras, continuó...

Ella levantó la cabeza como interrogándole.

- Allí arriba tengo un buen caballo, dijo el joven rápidamente y con pasión; voy á casa de mi madre... ¿quieres venir conmigo? Nos casaremos en seguida; el cura de Grebova bendecirá nuestra unión, y luego será preciso que tus padres consientan. ¿Quieres?

Y estrechaba á Lidia sobre su corazón, como para convencerla más pronto.

- ¿Partir, casarnos?, dijo Lidia palideciendo. ¿Y qué diría mi madre?

- Tanto peor para ella, contestó vivamente Boris. No quisiera hablarte mal de ella, pero tu madre... En fin, no hablemos más. ¿Quieres?

Toda su vida parecía concentrada en aquella pregunta; sus ojos penetraban hasta el fondo del alma de la joven, y sus labios, aproximándose á la boca de Lidia, parecían aspirar las respuestas...

Los brazos que enlazaban el cuello de Boris se aflojaron.

- No, murmuró débilmente; no me atrevo..., no puedo.

¿Era el temor á la cólera de sus padres, ó bien el espectro de la pobreza lo que la hizo vacilar en el momento decisivo? Ni ella misma lo sabía; pero quizás el solo temor de sus padres no la hubiese detenido...

- Como quieras, dijo tristemente Boris. Ya pensé que no consentirías... Hasta la vista, Lidia, vida mía...

La joven sollozaba amargamente y notaba que mil impresiones contradictorias se apoderaban de ella. Sentíase culpable. ¿Hacia quién? No lo sabía. Habría querido hacer más por aquel á quien había libremente aceptado por esposo, pero delante de él se sentía débil é impotente... y ¿quién sabe si se sentía inclinada á censurarle?

Por un momento pensó en partir con él, en seguir su destino bueno ó malo, en pasar su vida entera junto á aquel hombre que tanto la amaba. ¿No era acaso la dicha soñada? ¿Por qué no había de consentir? «¡Mi deber!», pensaba para justificarse á sus propios ojos; pero en el fondo de su conciencia desdénaba á su padre y juzgaba severamente á su madre... Todos aquellos pensamientos la atormentaban cruelmente; mas al fin los desechó como á una bandada de aves de rapiña y se volvió hacia su amado.

¡Cosa extraña! Boris padecía más que ella sin duda; pero su dolor tenía un carácter de augusta serenidad...

- ¡Adiós!, dijo al fin con una especie de dolor profundo apretándole entre sus brazos.

- No digas adiós, replicó él dándole un beso; di hasta luego. ¡Oh, Lidia! Acuérdate de que mi vida te pertenece.

- ¡Señorita!, gritó una voz desde el jardín; ¿dónde está usted? Han venido visitas.

Los dos amantes huyeron cada uno por su lado. Una hora después, Boris llegaba á la casa de postas, y contra lo predicho por el posadero, la diligencia de Moscou tenía asientos en el imperial, donde subió el estudiante, después de acomodar lo mejor que pudo á su compañera.

## XII

Lidia volvía lentamente á su casa. Antes de ver á Boris había llorado mucho pensando que su ensueño se había desvanecido para siempre, y ahora veía que la cadena continuaba entera; sólo había cambiado la dicha de sentirse á cada momento envuelta en esa atmósfera de amor á que su prometido la había acostumbrado. La dicha había huído; pero la cadena subsistía. Asustada por el porvenir que se abría ante ella, Lidia se paró brusquemente en la gran avenida de tilos del jardín y se preguntó:

- ¿Por qué ha vuelto? ¿Por qué me ha encadenado? ¿Por qué he prometido guardarlo, ya que la dicha no vendrá jamás, jamás?..

Se dejó caer sobre el césped y lloró más amargamente que nunca. No lloraba por Boris, sino por ella misma; pero las lágrimas no aliviaron su dolor.

(Continuará.)

FERROCARRIL AÉREO

DE BARMEN Á VOHWINKEL

Hace algún tiempo publicamos una descripción detallada de este ferrocarril aéreo de un sistema completamente nuevo, que recorre el trayecto comprendido entre las ciudades de Barmen y Vohwinkel (Alemania), atravesando el río Wupper y pasando por la importante población de Elberfeld. Ya entonces expusimos las ventajas que reunía esta original vía férrea, y la principal de las cuales es indudablemente la de no estorbar el tránsito de las calles por donde está tendida.

Una larga experiencia ha demostrado que las tales ventajas no sólo no eran ilusorias, sino que eran muy superiores á lo que se había imaginado. En efecto, la facilidad con que pueden hacerse circular por las calles más populosas verdaderos trenes permite atender á todas las necesidades del tráfico sin molestia alguna de los viandantes. Los que habitan en capitales populosas y de vida activa comprenderán la gran utilidad que esto reporta, teniendo en cuenta que los tranvías de sistema ordinario constituyen un verdadero estorbo y un continuo peligro, á pesar de lo cual no bastan ni con mucho á satisfacer las exigencias del público.

Además la instalación de esta clase de vías resulta relativamente barata, porque no se requiere más terreno que el necesario para fijar los postes.

Pero un retraso debido á una causa algo rara podría destruir las previsiones basadas en el simple cálculo aritmético que acabamos de consignar.

Sabido es que á consecuencia de las dificultades resultantes del gran aflujo de agua en el lado italiano, los trabajos de avance por esta parte han sido mucho más difíciles que los de la parte de Suiza: en ésta se ha avanzado á razón de 6'48 metros por día, y en aquélla sólo de 5'07. Por este lado de Italia, el derrame de las aguas que por un momento estuvo á punto de comprometer la continuación de los trabajos, ha llegado á ser hasta de 800 litros por segundo, al paso que en el lado suizo se ha mantenido en la cifra media de 40. Por esta razón, puede calcularse que dentro de ocho ó nueve meses las perforadoras habrán alcanzado por el lado Norte el centro del túnel, al paso que faltarán todavía 2.600 metros para alcanzarlo por el lado Sur. Entonces podrá surgir una gran dificultad.

El centro del túnel es, al propio tiempo, el punto culminante del mismo, y á él se llega, por ambos lados

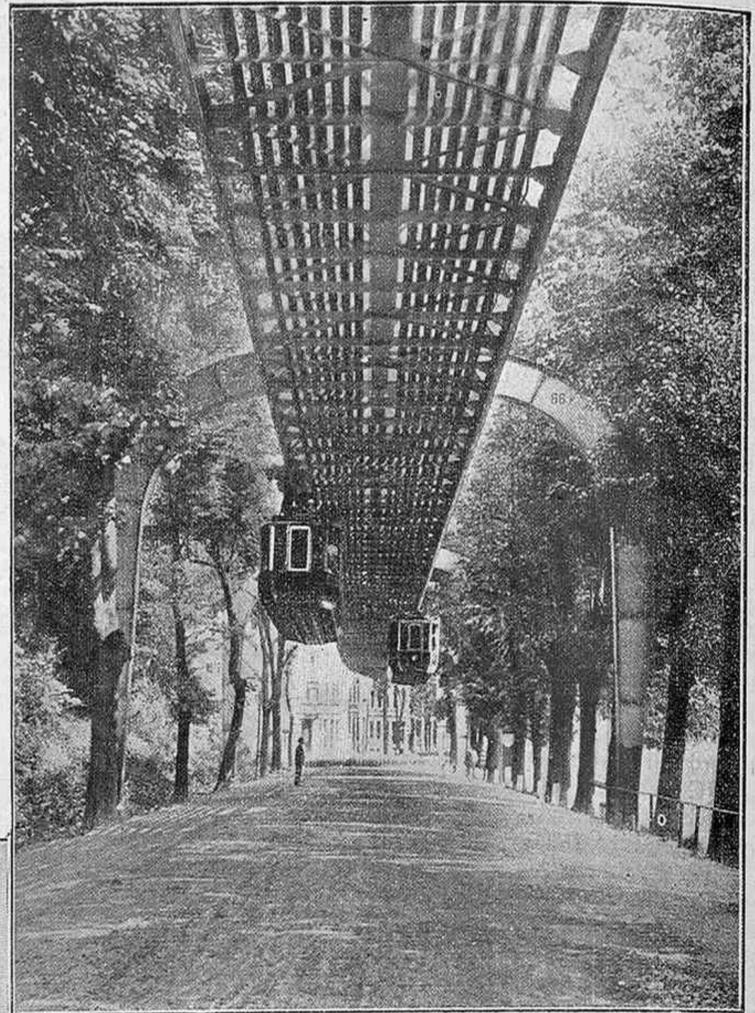


Fig. 3. - Vista del ferrocarril aéreo en una avenida de los suburbios de Elberfeld

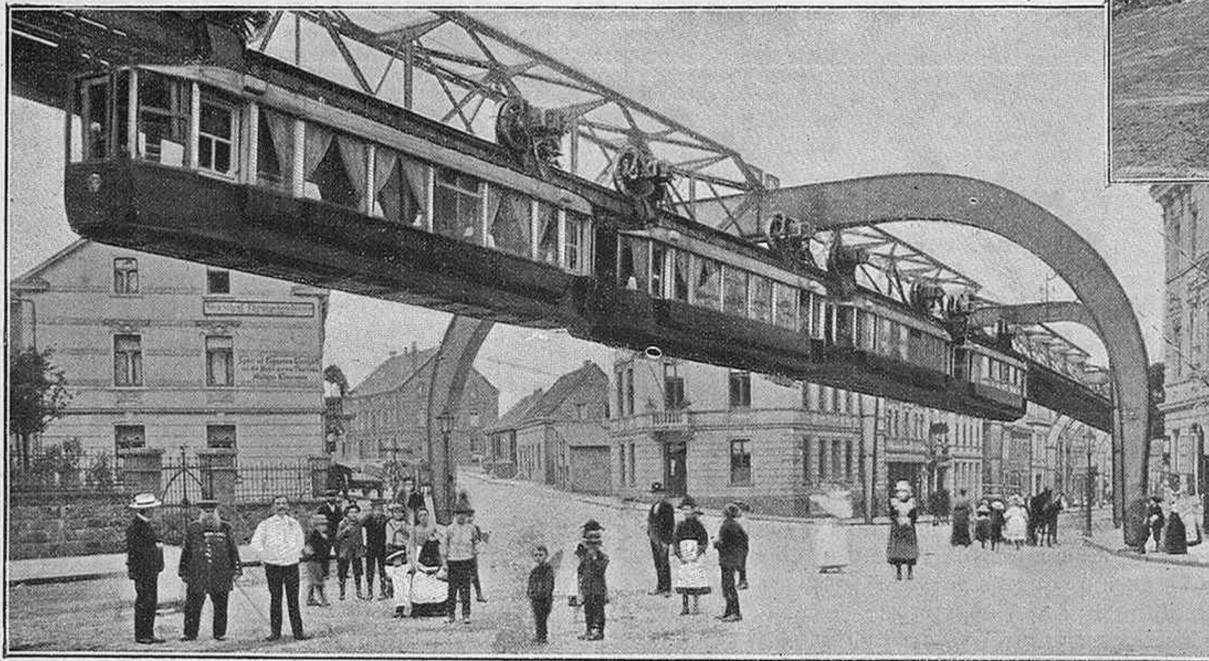


Fig. 1. - Un tren de cuatro vagones circulando por una calle

Finalmente, con estos ferrocarriles aéreos la vibración queda reducida á su expresión mínima, con lo cual ganan considerablemente los edificios construídos á ambos lados de los mismos, cosa que no sucede con los demás sistemas, en los cuales son muchas las construcciones que llegan á resentirse de la trepidación del suelo.

Los grabados que en esta página reproducimos permitirán á nuestros lectores formarse idea de la importancia del citado ferrocarril. - X.

\*\*\*

LA PERFORACIÓN

DEL SIMPLÓN

Desde hace poco el túnel del Simplón se lleva el record de la más larga perforación subterránea del mundo: en efecto, el trozo abierto excede ya de los 14.984 metros que corresponden al túnel de San Gotardo.

Falta todavía abrir unos 4.700 metros de los 19.729 que ha de medir exactamente el túnel del Simplón. En las condiciones actuales del trabajo se necesitarán 15 meses y medio para terminarlo, calculándose que á fines de 1904 podrán circular por él los trenes de viajeros y de mercancías.

por medio de una pendiente continua, más acentuada en el lado Sur. A partir del centro, si las perforadoras del Norte continúan avanzando, habrán de seguir, por consiguiente, la dirección de la pendiente meridional. Si no aparece agua, la cosa no ofrecerá la menor dificultad; pero si, por el contrario, se descubriesen manantiales, el agua invadiría constantemente el lugar de ataque que se encontrase en

la parte más baja de la galería. Sería, pues, preciso extraerla por medio de bombas, y en caso de un aflujo considerable é imprevisto, como el que se produjo en el lado italiano, el sitio de los trabajos quedaría totalmente inundado y los obreros perecerían ahogados.

Para evitar esta terrible eventualidad, sería preciso, cuando las perforadoras suizas habrán llegado al punto culminante correspondiente á la mitad del túnel, suspender la perforación por este lado y no continuarla más que por la vertiente italiana. Es difícil, empero, que la empresa constructora se resuelva á tomar esta determinación extrema que retardaría la apertura é inmovilizaría la mitad de las instalaciones y una parte del personal, lo cual significaría una gran pérdida de tiempo y un considerable aumento de gastos, tratándose de una obra de la magnitud de esta.

En cuanto á la elevación de temperatura en las capas profundas del suelo, que se temía como otro obstáculo difícil de vencer, no ha sobrepujado las previsiones de los ingenieros: el máximo observado en el lado Norte ha sido de 54 grados, que no deja de ser una temperatura elevada, pero que puede combatirse eficazmente con los procedimientos de refrigeración y de aereación adoptados en esta grandiosa obra.

\*\*\*

EXPEDICIÓN ANTÁRTICA

FRANCESA

Está á punto de salir del puerto del Havre una expedición francesa que se propone explorar las regiones antárticas á bordo del buque *Français*, construído en Saint-Malo.

Los expedicionarios se dirigirán al extremo meridional de la América del Sur, y después de una última escala en Punta Arenas, intentarán llegar al cabo Seymour para informarse de la suerte de la expedición sueca. Su propósito es unir los trazados de las tierras de Luis Felipe al de la tierra de Danco (expedición del *Bélgica*), realizar trabajos ocea-

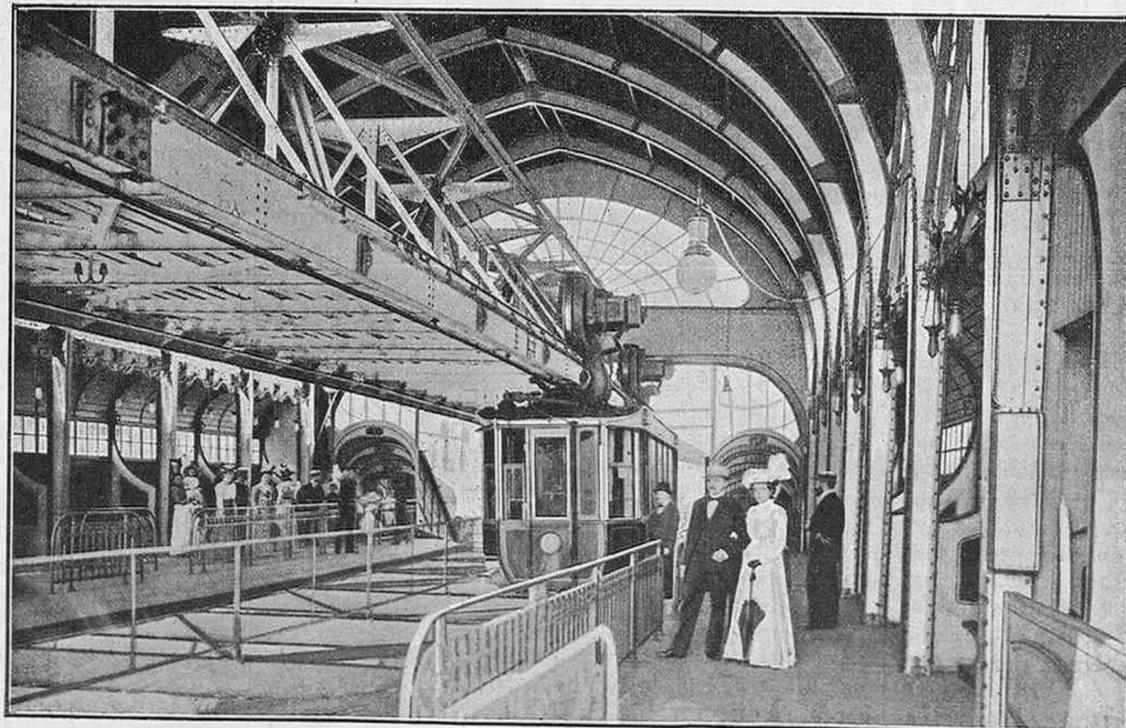


Fig. 2. - Interior de la estación de Vohwinkel

nográficos y geológicos á lo largo de estos territorios y llegar finalmente á la tierra de Alejandro I, en donde intentarán un desembarco.

En abril de 1904, el *Français* irá á Valparaíso, y desde allí recorrerá algo de los canales de Patagonia, muy poco conocidos todavía, y regresará probablemente á Francia en agosto.

La expedición antártica francesa está organizada y será dirigida por los Sres. Charcot y Gerlache, y formarán parte de ella, entre otros, los Sres. Bonnier, de la Sorbona; Matha, teniente de navío; Pérez, de la Universidad de Burdeos; Pleneau, ingeniero de Artes y manufacturas, y Rey, alférez de navío.

En 1898-1899, el *Bél-gia* invernaba solo en aquellas desoladas regiones; en cambio durante el próximo verano austral habrá nada menos que seis buques en la zona antártica, á saber: el *Discovery* y el *Morning*, de la expedición inglesa; el *Scotia*, de la expedición escocesa; el *Antartic* y el buque sueco que pronto saldrá en busca de éste, y finalmente el *Français*. — R.



Esculturas de Reginaldo F. Welles (reproducidas con autorización de Mr. E. Van Wisselingh)

miciliada en Madrid, cuyo objeto es exponer al público por medio de la escena cuantas producciones teatrales le entreguen sus accionistas, después de cumplidos por éstos los requisitos fundamentales y de procedimiento que en dichos estatutos se determinan.

**LUCHA CONTRA LA TUBERCULOSIS.** — Folleto publicado por la Academia de Higiene de Cataluña, destinado á la propaganda contra la tuberculosis; contiene una serie de interesantes instrucciones para evitar y combatir esta terrible enfermedad y algunas reglas para el establecimiento de dispensarios antituberculosos.

**AMAZONAS. INFORME DEL TERRITORIO DESDE EL AÑO DE 1880 A 1902**, por *Marcelino Bueno*. — Folleto en el que se traza someramente la historia de las distintas administraciones por que ha pasado el territorio venezolano de Amazonas y cuyos actos son examinados con imparcial criterio y en forma mesurada. Impreso en Caracas en la tipografía Wáshington.

**LA DIFUSIÓN DEL IMPUESTO**, por *Francisco Gil y Pablos*. — Notable bajo todos conceptos es este trabajo que fué leído en la Academia de Jurisprudencia y Legislación

**LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN**

POR AUTORES Ó EDITORES

ESTATUTOS DEL TEATRO LIBRE ESPAÑOL. — Se han publicado los estatutos de esta sociedad anónima española, do-

de Madrid; en él se estudia el impuesto en todos sus aspectos, se indican los gravísimos inconvenientes que ofrece el sistema vigente en esta materia en España y se señalan con gran acierto los medios de remediarlos. El folleto ha sido impreso en Madrid en la imprenta de los hijos de M. G. Hernández.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
Exigir la Firma WLINSI.  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**CURACIÓN** cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el *Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro)* el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

**ENFERMEDADES de la PIEL**  
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el *Rob Boyveau-Laffeteur* célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

**HARINA LACTEADA**  
Alimento completo  
**NESTLE**  
para NIÑOS y ANCIANOS.  
Contiene la Leche pura de Suiza.

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**  
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
SOBERANO contra **ASMA**  
CATARRO, OPRESIÓN  
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.  
30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.  
MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

**AGUA LÉCHELLE**  
HEMOSTÁTICA  
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*; el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
PASTILLAS DE DETHAN  
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emision de la voz. — PRECIO: 12 REALES.  
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



Una situación difícil, cuadro de Joaquín Luque Roselló

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL** CIGARROS  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BU BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Frasco 5fr. en Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.  
 CANDES et Co. B-St-Denis, 16

Las  
 Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
 DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
 DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**AVISO A LAS SENORAS**  
**EL ANIOL** DE LOS  
**JORET-HONOLLE**  
 CURA  
**LOS DOLORES, REÍARDOS,**  
**SUPPRESSIONES DE LOS**  
**MENSTRUOS**  
 F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**LA SAGRADA BIBLIA**  
 EDICIÓN ILUSTRADA  
 á 10 céntimos de peseta la  
 entrega de 16 páginas  
 Se envian prospectos á quien los solicite  
 dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**PILDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de  
**BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**

**PILDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de  
**BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**

**PILDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de  
**BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero  
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.). sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN